

nos; pero, por el santo nombre de Allah, que ha de valerle mucho su espada si llega á trocar su palabra con el santón de la grande aljama.

Y Muza armó un venablo en su arco y le asestó en direccion al cristiano, que subia entonces el sendero á poca distancia de la enramada en que estaba oculto.

Pero el pensamiento de que matando á aquel hombre tal vez malograria la ocasion de descubrir un secreto importante, le hizo variar de ataque, y se arrojó con la espada desnuda sobre el caballero, gritando en árabe á su esclavo:

—¡Acbakr, al escudero!

El esclavo, atento como su señor á lo que acontecia, se lanzó sobre el escudero, le derribó y le rindió; Muza que comprendia y hablaba el castellano, como muchos de los caballeros moros de aquel tiempo, puso la punta de su espada al pecho del cristiano, y gritó:

—¡Yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan!

—¡Mientes! repuso el cristiano retrocediendo un paso; Muza Ebn-Abil-Gazan no atacaria á un enemigo cuya espada estuviese aun en la vaina.

El generoso emir bajó la espada instantáneamente, avergonzado de aquella reconvencion, y contestó:

—No, pero no rehusa matar sin compasion y sin combate á los traidores que al amparo de la noche y por caminos estraviados vienen en busca de traidores, cristiano, porque tú no eres ni caballero ni leal, sino un perro infiel que vive del engaño.

—Nada te importa, contestó el nazareno, lo que yo sea, pero si dejarme paso; á no ser que prefieras el que me lo abra yo.

Y el encubierto, en cuyo manto conoció Muza la cruz de Santiago, desnudó su espada en actitud de acometer al emir.

—Aquí no, dijo éste trémulo de odio; estamos en terreno pendiente y te llevo ventaja. Desciende al llano.

—Sí, por Dios, contestó el otro, y se lanzó al través del barranco y de la maleza al lecho del rio y á un sitio donde, sobre terreno firme, alumbraba la luna un claro del bosque de álamos que orlaban la ribera.

Los dos partieron por igual la luz, y se acometieron en silencio.

El cristiano era valiente, fuerte y sereno; esgrimia su espada con gran maestría y se adargaba de un modo impenetrable. Muza era ligero, fuerte, veloz como un relámpago, é incansable en el ataque; las adargas gemian bajo el peso de los golpes, y fuego lívido y salvador surgia del choque del acero contra el acero.

Ni una sola palabra se cruzada de combatiente á combatiente; un solo

testigo, inmóvil y silencioso, presenciaba el combate: era Acbahr el esclavo, que despues de haber desarmado y atado con su propia faja al escudero, fijaba en su señor la vista indiferente del que cree seguro el triunfo.

Y en verdad, algunos momentos despues, enojado Muza de la duracion del combate, no queriendo por otra parte inutilizar á su enemigo, le esperó cuando venia con la espada en alto, replegóse en sí mismo, arrojó su espada, lanzóse á él con los brazos abiertos, le aferró y derribó en tierra.

Con una rapidez y una agilidad increíble levantóse sobre el cristiano, le puso sobre el pecho la rodilla, y gritó con voz terrible, mientras introducía por el falso del coselete la punta de su puñal de misericordia:

—¡Ríndete á Muza, nazareno, ó eres muerto!

—Sí, me rindo, leal y cumplidamente, contestó el cristiano; me rindo porque te conozco, Muza, en el peso de tu rodilla y en la fuerza de tus brazos.

—Sin condiciones, añadió Muza.

—¿Para qué las quiere quien se rinde á un caballero? contestó el cristiano.

Muza se levantó de un salto y dió la mano á su enemigo, que se puso de pie, le entregó su espada y se desenlazó el yelmo.

El emir dió un grito de sorpresa al ver el semblante del cristiano, y se desprendió la toca, cuyo extremo para no ser conocido habia levantado hasta sus ojos, y exclamó tendiendo la mano al nazareno:

—¡Capitan Gaston de Vargas! ¡Bendito sea Allah que me concede estrechar tu mano, valiente mancebo, sin haber vertido una sola gota de sangre!

El capitan Gaston era un jóven que apenas contaria veinte abriles; su semblante era blanco y mate; sus ojos negros, su cabellera blonda; hermoso como una dama, era fuerte como un leon, y la generosidad y la nobleza se leian en su frente, tranquila y alegre como la de un niño.

—¡Ah! ¡eres tú, Muza! exclamó, ¡valiente emir! si ordenas á tu esclavo que suelte á mi escudero Garcés, á quien oigo blasfemar entre los árboles, te probaré que siempre van conmigo el recuerdo del dia en que te conocí en la vega.

Muza hizo una señal á Acbahr, que obediente como un perro se alejó y trajo consigo á Garcés.

—¡Mi pical exclamó el capitan Gaston.

Muza se sonrió, y dijo al esclavo en árabe:

—¡Mi pica, Acbahr!

El esclavo y el escudero tornaron á poco trayendo las dos armas. La del capitan Gaston de Vargas era una joya de inestimable valor; tenia el asta de ébano, las guarniciones de oro, y el hierro corto y luciente fabricado en Damasco estaba orlado de diamantes; el pendoncillo era de tela de oro, y en el centro de él, sobre un escudo, en una banda diagonal, se leia en caracteres cúficos este mote: *Billah wa bilmalik.* (*Por Allah y por el rey.*)

La pica de Muza era una verdadera pica de batalla, con asta de roble, guarnecida de acero, y un fuerte y agudo hierro de Toledo: en su bandera se leian estas solas palabras: *Por Dios, por el rey y por mi dama.*

—Y bien, dijo Gaston de Vargas tomando la pica de ébano de manos de su escudero, ¿conoces esta prenda?

—Si, contestó Muza, es mi lanza damasquina, que troqué con la tuya de Toledo, capitan Gaston, como prenda de hidalga y leal amistad el dia en que me ayudaste contra los infames asesinos del infante Sidy Alhamar en los olivares de Azubia. Es la buena lanza real, que de rey en rey ha venido hasta mí, y que yo te entregué como una señal por la que podria reconocerte en el combate, y me haria desviar la pica de tu pecho, como la tuya debia hacerme conocido de ti; pero Dios es incomprendible y ha permitido que nos encontremos en hora fatal, desprovistos de esas señas y empeñados en una misma empresa.

Muza enlazó su brazo al del capitan, y sin perder de vista la entrada de la gruta, se alejó con él hasta una distancia en que no podia ser oido de los escuderos.

—Nunca olvidaré, dijo Muza al castellano, que te debo la vida y tal vez la honra, Gaston; y esa deuda sagrada para todos, y mucho mas para un caballero á quien llaman el bueno y el leal en Granada, la de los valientes, será pagada por mí con el amor de un hermano, con la solicitud de un soldado.

El capitan estrechó con emocion entre sus manos una mano de Muza.

—Príncipe, la fama de tu nombre vuela hasta el centro de nuestros reales, y no hay uno solo de los hombres de guerra castellanos desde Hernando del Pulgar hasta Gonzalo de Córdoba, que no tuviesen en mucho el medirse contigo, y que no se declarasen vencidos lealmente en un azar de guerra, cuando como yo se hubieran dejado despedazar antes que entregar sus espadas á un escuadron de vuestros bravíos alfarazes (1). Por eso, príncipe, yo me declaro tu cautivo en buena y leal batalla, y me pongo á tu merced.

(1) Caballeros de lanza y espada.

Muza movió tristemente la cabeza, y asiendo á su vez las manos de Gaston, le dijo con el acento del mas dulce reproche:

—No, tú no eres mi cautivo. Pero ¿por qué mi hermano de batalla viene con la noche á buscar á los traidores enemigos de Granada? ¿Por qué no deja, él, que es tan cumplido caballero, ese ejercicio deshonoroso para los rufianes y la gente menuda de sus reales?

Gaston de Vargas conoció lo justo de la reconvenccion y se sonrojó.

—Y ya que el espíritu tentador, continuó Muza, ha oscurecido su espíritu, por qué no dice á su hermano: «Muza, aquí está el peligro, allí los traidores, mas allá la celada;» porque la guerra, capitan, la guerra entre reyes y caballeros debe ser una lucha leal, de espada contra espada, de sangre por sangre; pero no de traicion á traicion.

El capitan callaba, la exaltacion de Muza crecia.

—¡Que vengan y arrimen escalas á nuestras murallas! gritó: ¡que despleguen en campo abierto, en número igual, caballero por caballero, lanza por lanza, peon por peon, bandera contra bandera, la enseña de Santiago por Castilla delante de la del Islam por Granada! ¡Son poco generosos, poco hidalgos! continuó Muza, cuya exaltacion crecia; ¡utilizan las discordias intestinas de mi pueblo, nos cercan de traidores, recogen en sus reales á esos infames abencerrajes, que impulsados por los hijos de Abou'l-Hassan y de Zoraya, han vuelto la espalda á su patria, á su rey y al Dios de sus padres! ¡Y no han enviado sus traidores cabezas á Granada en prenda de lealtad! ¡Y no contentos aun, arman con el puñal y el veneno á los miserables que aun moran encubiertos tras de nuestros muros! ¡Por el santo nombre Allah! ¡por el profeta! ¡por la piedra de la Kaaba! que si un escuadron de cristianos se me hubiese ofrecido contra sus reyes, yo los hubiera tornado azotados y escarnecidos á sus señores naturales. ¡Muza puede y quiere retar, y reta de solo á solo, de dos á dos juntos si así les place, á los Pulgares, á los Leones, á los Córdovas, á los Toledos, á los Mendozas, al mismo príncipe don Juan y hasta el rey don Fernando; Muza puede morir como caballero, pero deshonorarse como villano, enviar asesinos al real de sus enemigos, nunca, capitan Gaston! ¡nunca!

La aureola del heroismo brillaba en el semblante de Muza; el castellano se sintió dominado, y tuvo impulsos de prosternarse ante la magestad del valor y de la desgracia; ante el hombre que con tanta nobleza reprochaba la conducta de sus enemigos.

—Muza, le dijo, te engañas; mis señores don Fernando y doña Isabel, los nobles que has nombrado, los caballeros que no han tenido la honra de vivir en tu memoria, te hacen justicia, emir, y te respetan. Tu lanza,

el arma invencible con que premiaste una accion que en mi no era otra cosa que un deber de caballero, ha sido blandida con orgullo por ese mismo rey don Fernando, por el príncipe don Juan y por las reales manos de doña Isabel, que ruega por tu vida al Dios crucificado, y te llama el único y valiente caballero de Granada. ¡Muza! los hombres como tú son héroes, y no habria uno solo de esos caballeros á quienes has retado, incluso el Gran Gonzalo de Córdoba, que no cambiase su lanza á la mano siniestra si te encontrase en batalla, y pasase saludándote con amor; porque los valientes y los generosos son hermanos, y no puede haber sangre entre ellos.

—Sí, contestó Muza con amargura, pero enviaron contra mí una veintena de lanzas traidoras, que me acometieron solo y mal armado, que á no ser por tí y tus escuderos hubieran acabado conmigo, y me hubieran dado una muerte desesperada y sin gloria. ¡Oh! tú no sabes como yo las viles arterías con que atizan el fuego que arde en el corazon de Granada; tú no sabes que en esta guerra vale mas un mal espía que una buena espada.

—Cosas son esas del infante Sidy Yahye que te aborrece, emir, contestó Gaston, no de mis señores. Cuando supieron que habia ensangrentado mi lanza por tí, cuando mis escuderos estendieron por el real la nueva de la escaramuza, los reyes me llamaron, me dieron á besar su mano, me otorgaron, á mí, simple hidalgo, una compañía de arcabuceros, y esta cruz de Santiago es un recuerdo de aquel dia. ¿Qué mas pruebas, Muza, de que si no te aman al menos te respetan?

—Orgullo y falsía, contestó el tenaz Muza; tú mismo eres un testimonio; yo te he sorprendido trayendo sin duda un mensaje para un hombre sospechoso; para uno que se llama sabio y Faquí, y que Allah me confunda sino es un perro infiel renegado de Dios.

—Es verdad, dijo Gaston, que traigo letras, no sé de quién, para un hombre que mora en el fondo de esa gruta; pero por mi alma que no aliento otro deseo que conocer á una mujer que he oido ponderar y que mora en ella; además he prometido á la princesa doña Isabel de Portugal entregarle mañana esa mora cautiva, y ya ves que en esto no hay mas que una aventura caballeresca, cuyos medios podrán ser, si se quiere, un tanto dudosos para un hidalgo. Esta es la verdad.

—¡Una mujer! exclamó Muza, á cuya memoria vino lo que se le habia anunciado en la vision de los Siete Siglos; ¿y quién ha podido decirte que esa mujer es hermosa y que mora en esa gruta?

—El infante Sidy Yahye, contestó Gaston.

—¡El infante Sidy Yahye! murmuró Muza, ¡el hermano del infante

Sidy Alhamar! ¡Oh, bien puede ser! ¿Y cómo aconteció, Gaston?

—Estaba ayer de guarda con otros caballeros en las tiendas del rey; me habia tocado el servicio de atalaya real y me apoyaba en tu lanza, cuando pasó cerca de la tienda el infante á caballo acompañado de algunos ginetes. Detúvose junto á mí, me miró con insolencia, y me dijo sin destocarse ante el pendon real que ondeaba sobre la tienda.

—Rica lanza gastais, hidalgo, y pardiez que bien quisiera medir esa prenda real con mi pica de infante.

Yo no contesté al reto, sino que le dije afianzando mi arma:

—¡Saludad á Sus Altezas!

Por toda contestacion Sidy Yahye, rojo de cólera, dirigió á mí su caballo levantando su látigo.

—¡Por Satanás! murmuró Muza; ¿y no le tendiste á tus pies?

—Satisfíceme arrancando con la punta de la lanza la gorra de la cabeza del infante. Y á no ser porque á punto apareció en la puerta el príncipe don Juan, no sé á dónde hubiéramos llegado. Pero todo concluyó por el momento con su presencia. Uno de sus pajes entregó la gorra á Sidy Yahye, que saludó al príncipe, me lanzó una mirada colérica, aguijó su caballo y pasó con sus ginetes.

Poco despues un escudero del infante llegó junto á mí, y entregándome un guantelete, me dijo:

—El infante, mi amo, espera recogeros esta prenda al medio dia como caballero en los ojos de Guetar, si no faltais al plazo como villano.

Por toda contestacion recibí el guante y lo puse en la punta de mi pica. Habian sido testigos de esta aventura muchos de mis camaradas, y como se acercaba el medio dia, uno de ellos ocupó mi puesto, y con una excusa me retiré de la guarda.

Peró los duelos están severamente prohibidos entre nosotros, y apenas habia puesto las herraduras de mi caballo fuerá del real, cuando mi primo Garcí Perez de Vargas, acompañado del buen don Iñigo Lopez de Mendoza, nuestro padrino, y de muchos hidalgos y mesnaderos, me cercaron, me hicieron notorio que los reyes tenian conocimiento de la querrela, y que era prudente diferir por entonces el plazo, hasta que pasados algunos dias pudiera verificarse con sigilo. Redujeron asimismo con buenas razones al infante Sidy Yahye, y como el lance y la provocacion habian sido demasiado patentes, se tuvo por bien que nos reconciliásemos en la apariencia, y que comiésemos juntos en las tiendas de Garcí Perez de Vargas.

Asi se hizo, dejamos los arneses y nos sentamos al par en una misma mesa; circuló el vino en profusion; primero salieron á cuento lances

de guerra, luego vinieron los lances de amor; cada cual ponderó los encantos de sus damas, y no hubo estrella ni lucero que no fuera pospuesto á alguna mujer de ojos negros ó azules; el infante bebía y tornaba á beber, hasta que al fin se apoderó de él la embriaguez.

Entonces nos habló de una mujer á quien llamaba unas veces hada, otras, segun dijeron algunos que sabian hablar en arábigo, *Sol de la hermosura* (1). Dijonos que el hombre que poseyese su amor seria invencible, y como los que están ébrios hablan lo que tal vez luego les pesa, añadió:

—Y si alguno dudase de lo que digo, vaya si es valiente á la gruta que conduce á la morada de esa hermosura.

Todos le preguntaron el sitio.

—No muy lejos, contestó el infante, sino en el lecho del rio Dauro, á una carrera de caballo de la Alhambra, en un barranco como se sube á la izquierda de la corriente.

Barbotó algunas baladronadas, y vencido por la embriaguez se durmió.

Todos creyeron un sueño la existencia de una mujer tan preciada que habia alcanzado por nombre *Sol de la hermosura*, y que moraba en un asilo tan miserable como una cueva; pero no sé por qué yo, que nunca he creído en cuentos, creí enteramente lo que la embriaguez habia hecho salir del alma del infante, y juré ser yo el que habia de saber la verdad del dicho.

La noticia de la existencia de la ponderada hermosura corrió en el estrecho recinto del real, y todos supieron que yo habia adoptado la empresa.

Y así lo hice; cuando el sol se ponía, mandé á Garcés enjaezar los caballos, ceñí mi arnés de guerra y salí del real.

A poco trecho encontré á la princesa doña Isabel, que habia salido á esparcirse con sus dueñas y escuderos, y á quien debí la honra de que me dirigiese la palabra.

—¿Qué es esto, capitán Vargas, me dijo, vais á buscar un sol cuando otro se pone?

—Juro á Vuestra Alteza, la contesté, que mañana ese sol ha de brillar entre vuestras damas, ó he de ser cautivo.

—Acepto, caballero, me dijo la princesa; pero cuidado de vuestra vida, no sea que ese ponderado sol nos cueste uno de nuestros mas queridos vasallos.

Saludé respetuosamente á la princesa, y partí, y éteme aquí, emir,

(1) Schamsul-llemal, en árabe.

empeñado en una aventura, sin guía, tras un objeto quizá falso, espuesto á vuestros corredores y perdido entre el cauce del rio; pero hay sin duda un dios que protege á los locos y á los enamorados; no habia andado muchos pasos cuando sentí el galope de un caballo; ocultámonos por prudencia entre los árboles yo y mi escudero, y esperamos. Muy pronto un ginete se detuvo delante del sitio donde estábamos apostados, y echó pie á tierra para apretar la cincha á su caballo; azar afortunado que me dejó conocer en el ginete al escudero que aquella misma mañana me habia entregado el guantelete en nombre de Sidy Yahye.

No era ocasion ni persona digna de empeñar un combate singular; me limité, pues, á salir recatadamente de la espesura con Garcés y le aseguramos por la espalda.

El escudero quiso en vano desasirse; lo atamos con las riendas de su caballo á un árbol, y yo le interrogué.

—¿Tú eres el escudero del infante Sidy Yahye? le dije.

—Sí, me contestó.

—¿A dónde vas?

—No sé, repuso; pero al sentir la punta de mi daga en su garganta me dijo:

—Llevo un mensaje de mi señor para su hermano Sidy Alhamar.

—¿Y dónde vas?

A Guadix.

—¡Mientes! vas á una cueva que está á poca distancia de aquí, en las márgenes del rio, le contesté, amenazándole de nuevo.

Entonces el temor de la muerte le hizo confesármelo todo, y me entregó este pergamino rodado y sellado.

Gaston Vargas sacó de su escarcela un pergamino enrollado, y lo entregó á Muza.

—Ahora bien, príncipe, añadió el capitán, ¿crees que Gaston de Vargas manche el hábito de Santiago siendo espía de los suyos?

—No, no, capitán, perdóname, contestó Muza con emocion abrazando al joven, habia pensado mal de tí cuando el destino es quien te trae. Pero ese hombre tendria alguna seña para abrirse paso: dímelas.

—Sí, contestó el capitán, me dijo que llegase hasta el fondo de la cueva, y que diese un golpe en una piedra que encontraría en el suelo. Que me contestarian preguntando desde adentro: *Yugo ó espada*; que debia contestar: *Tanto monta*, y que una puerta se abriria ante mí.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! Gaston, exclamó enagenado de alegría Muza, porque sin tí imposible me seria dar cima á una importante empresa. Mira, no eres mi cautivo, pero quiero tenerte algun tiempo

conmigo en mi alcázar, abrirte mi harem, ofrecerte mis tesoros. De todos modos no puedes volver sin esa mujer á Santafé, porque dudarian de la verdad de tu dicho viéndote volver ileso; por otra parte, mis adalides cubren á estas horas todas las avenidas de la ciudad y podriañ caer en una celada. El enemigo te declara libre, pero el amigo te prende.

—En buen hora, contestó Gaston, acepto, pero es preciso que se sepa de mí en los reales.

—¡Acbakr! gritó Muza.

El africano se acercó á su señor.

—Conduce á mi hermano y á su escudero á mi alcázar; toma mi anillo y muéstralo á los guardas de Bib-Guadix, que os franquearán el paso. Y atiende bien; cuando llegues despierta á mi katib (1) muéstrale tambien el anillo y en mi nombre haz que escriba un pergamino... ¿para quién, Gaston?

—Para don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla.

Muza repitió al esclavo hasta hacérselo aprender de memoria, el nombre dictado por el capitan, y añadió:

—Que se diga á ese caballero que el capitan Gaston de Vargas queda como huésped durante algunos dias en mi alcázar, y que el emir Muza Ebn-Abil-Gazan solicita licencia para él de Sus Altezas los reyes de Castilla y Aragon. Que enrode el pergamino y lo perfume, y que penda de él con hilos de seda mi sello de oro.

Al amanecer, mi alferez, acompañado de cuatro escuderos, llevarán este mensaje al real cristiano, acompañado del presente de uno de mis mejores caballos de Persia, de un broquel, una jacerina y un alfanje de Túnez.

Tú, que eres sagaz y entendido, Acbakr, no olvides una sola de mis palabras, y cúmplelas como has cumplido otros empeños mayores, si amas tu cabeza.

El esclavo se inclinó.

—Ahora troquemos nuestras armas, Gaston, porque mi empresa es demasiado conocida para que me importe disfrazarme.

El trueque se hizo en un momento, y despues de haberse saludado afectuosamente, Gaston, precedido de Acbakr y seguido de Garcés, montó á caballo, y se alejó á lo largo del rio.

Muza esperó, hasta que el sonido de sus pasos se perdió en el silencio, y luego entró en la cueva.

(1) Secretario.

VII.

Era ésta, estrecha, profunda y oscura; multitud de aves nocturnas despertaron al ruido de los pasos de Muza y se lanzaron por la grieta, en tanto que el emir adelantaba perdido en la sombra, sirviéndose como de tiento de la punta de su espada.

Al fin chocó en una pared, y sus pies tropezaron en una piedra colocada sobre el húmedo suelo, y sobre la cual, siguiendo las instrucciones de Gaston, dejó caer con fuerza el pomo de su espada.

El eco retumbó sonoro, vibrante, perdido á lo lejos como en las reueltas de una mina.

Pasó un gran espacio de tiempo, durante el cual Muza llamó tres veces; al fin, una voz robusta, saliendo al parecer de la tierra, dijo en mal castellano:

—¿Yugo ó espada?

—*Tanto monta*, contestó alterando su voz el emir,

Oyóse poco despues rechinar ásperos goznes, las tinieblas dibujaron algunas líneas de luz, y al fin se rompieron al girar de un fragmento de roca, que se abrió lo bastante para dar paso á un ginete.

Un hombre cubierto con un albornoz llevand o una lámpara en la mano, con el rostro cubierto por el extremo de la toca, y armado de una pica corta y de ancha cuchilla, apareció ante el emir, cuyos ojos se fijaron en el introductor, tras las espesas barras del yelmo de encaje del capitán Gaston.

—¿Quién eres? le dijo prosiguiendo en mal castellano el hombre de la lámpara.

—Un caballero cristiano, contestó con repugnancia Muza.

—¿De dónde vienes?

—Del real de Santafé.

—¿Quién te envía?

—El infante Sidy Yahye.

—¿A quién buscas?

—Al infante Sidy Alhamar, contestó Muza á la ventura, y echando recatadamente mano al pomo de su espada bajo el manto,

—Muy allegado debes ser del que te envía, puesto que te ha revelado ese nombre.

—¡Mucho! contestó Muza, procurando dulcificar en vano lo sombrío de su acento..

—¡Sígueme!

El emir adelantó, y la puerta se cerró con estruendo.

Y el hombre de la pica empezó á andar rápidamente á lo largo de la mina, cortada á pequeños trozos por altos peldaños abiertos á pico. Y subian por aquel largo y estrecho subterráneo, que cada vez se hacia mas pendiente, y no cesaron hasta despues de una hora de marcha, y delante de una puerta de hierro, que el que guiaba tocó con el cuento de su pica.

La puerta se abrió.

Un vestibulo, sostenido por arcos árabes y alumbrado por una lámpara, dejó paso á Muza y su guía hasta otra puerta ensamblada con todo el gusto y la riqueza de los adornos orientales.

Aquella puerta se abrió como la primera, y Muza pudo ver un magnífico aposento circular, cuya bóveda de estalacticas, pintadas con los mas vivos colores y matizadas de oro, estaba sostenida por arcos festonados, sobre columnas de alabastro.

Y aquel retrete no era un subterráneo, puesto que en sus alamíes habia agimeces y puertas, y que al través de los trasparentes de la cúpula penetraba el leve rumor del ramaje de árboles cercanos, impulsados por las brisas de la noche.

Cuando hubieron llegado allí, el hombre del albornoz dejó la lámpara sobre un pedestal de pórfido, arrimó á él la pica, y sentándose fatigado en un divan, dijo á Muza:

—Reposa, cristiano, y cuando vuelvas á Santafé dí que has visto en sueños uno de los retretes del palacio de Hiram.

—Hay quien dice, respondió sombríamente Muza, que el emir del rey Abou-Abdallah arrolla con el pie las alfombras de oro, y posa sus ojos en cúpulas de diamantes en su alcázar de la Alhambra.

—¡Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡maldígale Dios! exclamó el encubierto en buen árabe. Y luego añadió en castellano: ¿y quién te ha dicho esas maravillas?

—El capitan Gaston de Vargas, contestó Muza, un hidalgo bravo y generoso á quien debe su vida el emir, y que estuvo hospedado con él como el hermano en casa del hermano.

—El lobo se une al lobo, contestó el encubierto, sin ese malsin castellano las gentes del infante Sidy Yahye hubieran acabado con Muza, y ahora los reyes de Castilla y Aragon serian dueños de Granada. Pero Eblis protege al emir, y aun vive el rey Abou-Abdallah.

Muza devoró un rugido de furor tras la visera de su yelmo.

—Pero si han sido desgraciados los del infante en esta ocasion, repuso Muza; ¿por qué no se acecha al emir cuando ronda con poca gente la ciudad?

—Mas tarde, mas tarde aun, contestó el otro fijando al través de su toca su mirada recelosa en el emir; aun aman á Muza en Granada; A'bd-el-Kerim-Zegri, su katib, vela por él y es indómito y respetado hasta la bajeza por el pueblo; sus walies Naim Reduan y Mohamet-Ebn-Zaide le aman como á un Dios y son las trompetas de su fama; acometer á Muza en Granada es imposible, ó al menos muy peligroso. ¿Y qué acontece en el real de Santafé?

—Allí se aguarda tambien, contestó Muza dominando la amargura de su pensamiento; se tiene mucha fe en que Granada se entregará por sí misma, y se alientan los odios de Zoraya y de Aixa la Horra, de Abou-Abdallah y de los afectos á los infantes. Se espera escaramuzando para no fastidiarse en la ociosidad, y se cree que de un momento á otro Muza, cansado ya de tanta asechanza y de tanta traicion, ataque en sus reales al enemigo y le haga ir mas allá de los montes de Loja.

Habia pronunciado con tal energía el emir sus últimas palabras, que el encubierto no pudo menos de levantarse receloso.

—Eso se dice, contestó Muza, conociendo que á pesar de desfigurar su voz el acento extranjero habia cometido una imprudencia en la espresion de los proyectos que ardian en su mente, eso se dice por algunos abencerrajes adictos aun al rey; pero en el real se espera por los servicios de los infantes un próximo triunfo.

Volvióse á sentar el hombre de la toca, y siempre receloso preguntó á Muza:

—¿Y á qué os envia aquí el infante?

—Para avisar á su hermano de que se le conoce por el emir á pesar de sus barbas, su rosario de faquí y sus horóscopos de sabio; que ha sabido que esta mañana habló con él Muza en la puerta de la grande aljama del Albaicin, y que es preciso adoptar otro medio de hacerse parciales y promover motines.

La espresion recelosa desapareció entonces de los ojos del incógnito, que se levantó y tendió su mano al emir.

—Habia dudado de tí, le dijo, y mi mano no ha dejado hasta ahora la empuñadura de mi puñal; pero cuando mi hermano te ha revelado lo que solo él y yo sabemos, es porque puede disponer de tí como de un hermano. Yo soy el infante Sidy Alhamar.

Y desprendióse dicho esto de la toca, mostró al emir un semblante jóven, enérgico y hermoso, pero de espresion malévola y astuta.

—Ya sabes quién soy, dijo á Muza, descúbrete, cristiano, y que yo vea los ojos de nuestro amigo.

—Infante, votos me ligan con Dios y con mi fe de caballero; busco

una mujer que he visto en sueños, y ni aquí, ni en el campo, ni en el real, alzo mi visera hasta que la encuentre. Entre tanto ¿qué hé de decir á tu hermano?

—Díle que velo y es difícil que me sorprendan. Díle que el sol alumbra mi casa, pero sombrío aun; díle que todavía no quiere el destino que seamos invencibles.

Muza comprendió el sentido misterioso de la frase de Sidy Alhamar, y una brillante inspiración pasó por su frente.

—Su hermano padece, infante, le dijo, está ciego sin la luz del *Sol de la hermosa*, y quiere que yo la vea para que pueda decirle si aun es rojo el color de sus mejillas, y si aun sus ojos ostentan la pureza de la virgen.

—¡Mi hermano desconfía de mí! exclamó Sidy Alhamar, en buena hora, y puesto que ha descornado ante tus ojos el velo de su alma, sígueme, cristiano, y dí al infame lo que vas á ver.

Dicho esto, Sidy Alhamar se levantó del diván, tomó la lámpara, llegó á una puerta inmediata y la abrió.

Muza se encontró en un jardín al aire libre; observó que los muros no eran muy altos; reconoció la cúpula de la grande aljama tras ellos, y sintió el paso de algunas rondas que pasaban por la calle.

Entre tanto Sidy Alhamar llegó á una galería situada al extremo del jardín, abrió una puerta, y penetró con Muza en un vestíbulo, sobre el cual una gruesa alfombra amortiguaba el ruido de las pisadas. Estaba envuelto en las tinieblas; pero le inundaba un ambiente saturado de perfumes.

Atravesáronle, y el infante levantó un tapiz.

Entonces una luz suave, pálida, encerrada en una lámpara fabricada con sutiles chapitas de nácar incrustadas y caladas en oro, halagó los ojos del emir, tapicerías de púrpura y brocado cubrían las paredes afiligranadas, y festones de gasa pendían de la cúpula del retrete; envolvíale un silencio voluptuoso, y casi se percibía el ténue suspiro de la respiración de una mujer que aparecía tendida en el centro del retrete envuelta en una túnica de blanco lino sobre un diván de seda azul.

Aquella mujer no dormía, puesto que se levantó lentamente y se puso de pie.

—¿Qué buscáis aquí? dijo en árabe puro, y con un acento lleno de dignidad. ¿Acaso no puede dormir la cautiva sin que su señor venga á sorprender su sueño?

Muza se acercó á aquella mujer á una indicación de Sidy Alhamar, y su corazón se comprimó de admiración, de sorpresa, tal vez de emoción. Porque aquella mujer parecía iluminar el retrete con su hermosura, con

su pureza, con su juventud, porque aquella mujer, á quien llamaban Schamsul-llemal (*Sol de la hermosura*), era á los ojos de Muza una hurí, como él las habia visto en sueños de creyente.

El todo de aquella mujer era indescriptible, no se espresaba, se sentía, ó por mejor decir, se aspiraba por todos los sentidos.

No podia dudarse de su pureza ni de la paz de su corazon; era altiva, pero con magestad; severa, pero sin enojo.

—Héla ahí, cristiano, le dijo el infante; si mi hermano duda, dile que la has visto; y si su hermosura te ha conmovido, pide á Dios que te haga morir, porque la desesperacion será contigo.

—¿Quién es esa mujer? exclamó Muza asiendo un brazo del infante. Sydi Alhamar se hizo atrás, pero el emir le tomó la puerta.

—¿Quién es esa mujer? repitió con voz de huracan Muza.

El infante puso mano al pomo de su puñal, y gritó:

—¿Y quién eres tú que así me preguntas con acento de amenaza?

—He visto la mujer que buscaba, traidor, contestó el emir, y ya puedo darme á conocer. Mirame bien, añadió en árabe levantándose la visera; yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan.

Sidy Alhamar solo contestó con un rugido, quiso defenderse con las tinieblas y apagó su lámpara, pero quedó aun la otra de nácar suspendida de la cúpula fuera del alcance de su mano, y se arrojó, no teniendo otro medio, con el puñal en alto sobre el pecho del emir; pero la armadura milanese de Gaston de Vargas hizo saltar la hoja.

Entonces se trabó una lucha estraña; Sidy Alhamar arrojó al emir los búcaros, los pebeteros, todo cuanto halló á la mano, en tanto que Muza le acometia espada en alto; replegado al fin tras el divan como tras una muralla, evitaba los golpes de la espada de Muza y se lanzaba á él, pretendiendo asir sus pies como un lobo rabioso.

Y la lucha se prolongaba: defendido el infante por el divan, sirviéndose cual de una adarga de uno de sus almohadones henchidos de plumas, buen parador, incansable y ligero, resistia los golpes de Muza, que en uno de sus ataques tropezó con la punta de su espada en la lámpara de nácar y la apagó.

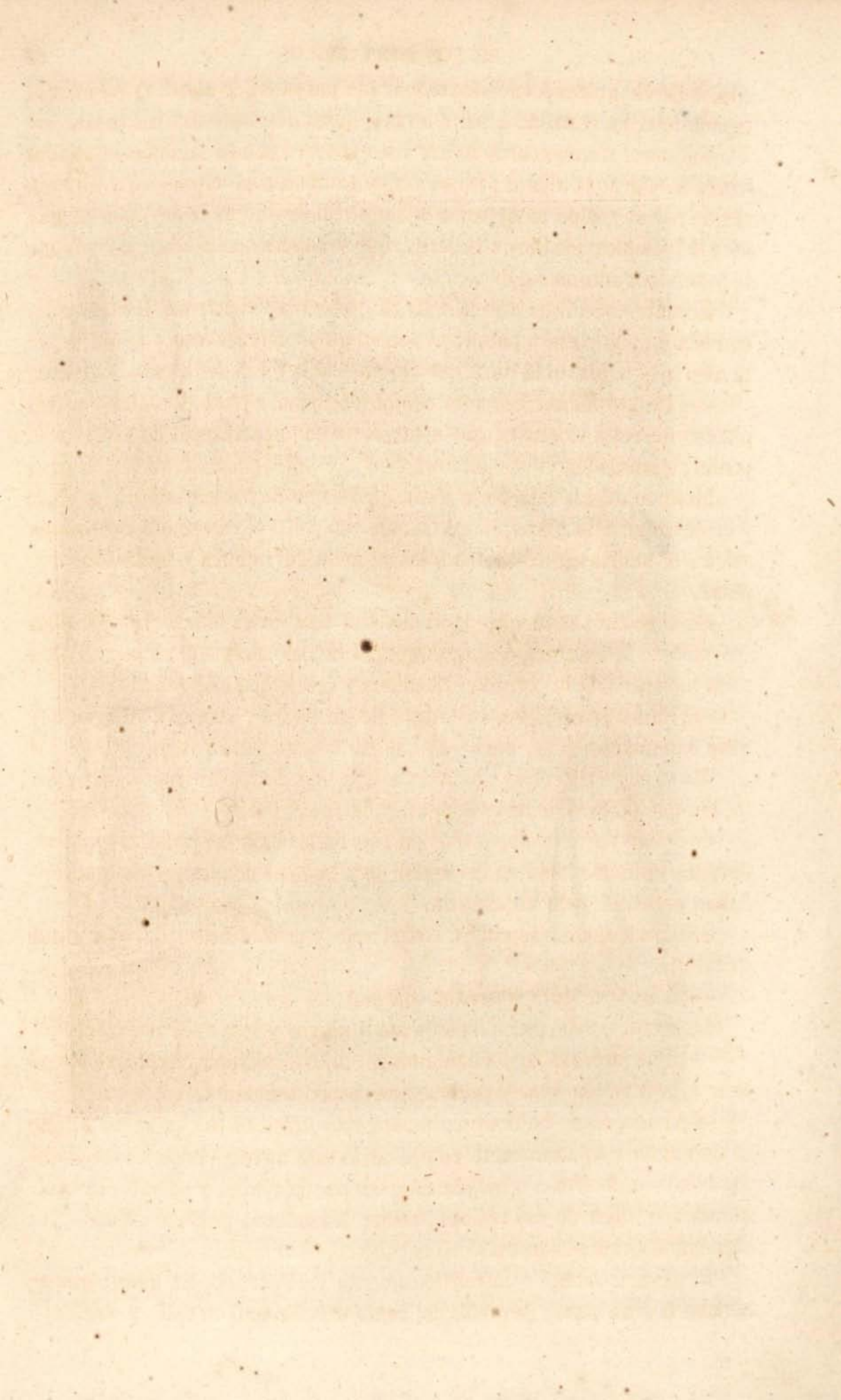
Envuelto en las tinieblas, dejó de acometer, bajó la punta de su espada temeroso de herir á Schamsul-llemal, y en tanto Sidy Alhamar ganó la puerta y la cerró.

Muza corrió tambien á ella, pero era muy fuerte y no la pudo romper.

—¡Por aquí, emir! dijo la voz dulce de Schamsul-llemal, mientras se escuchaba en eljardin la ronca voz del infante que llamaba á sus esclavos; ¡por aquí! yo en mi larga cautividad, he buscado muchas veces una sa-



MÍRAME BIEN, YO SOY MUZA EBN-ABIL-GAZAN.



lida, he dado golpes haciendo resonar las paredes, y aquí hay un agimez tapiado que ha resistido á mis fuerzas, pero que cederá á las tuyas.

Entonces Muza recordó haber visto la torre con los agimeces tapiados frente á la grande aljama; recordó que estaban poco elevados, y buscó á ciegas por el sonido de la voz á Schamsul-llemal, que le asió por la mano y le hizo tocar el sitio de la pared, que se había encontrado mas resonante y por lo tanto mas débil.

El emir levantó en alto la adarga de hierro del capitan Gaston y dió con ella de punta en la pared; al tercer golpe derrumbóse y penetró por la abertura la luz de la luna, que alumbraba la plaza de la grande aljama.

—¡ Pronto Muza! exclamó Schamsul-llemal oyendo los pasos precipitados de Sidy Alhamar, que atravesaba con gran tropel de esclavos el jardin; ¡ pronto!

Muza descienó la faja de la jóven, asió uno de los extremos á su talle y la descogió á la plaza; luego cuando ella soltó el extremo á que estaba asida, el emir aseguró el otro á la columna del agimez y se deslizo en la plaza.

En el momento en que ponía los pies en tierra, una cabeza furiosa apareció en la abertura del agimez, y el infante Sidy Alhamar gritó furioso mostrándole los brazos estendidos y los puños crispados:

—¡ Emir! ¡ emir! ¡ Por la sangre de mi padre, acuérdate del infante Sidy Alhamar!

Muza rugió de cólera: se le escapaba uno de los traidores, á su vista, sin que pudiese evitar su fuga.

Oyéronse pasos acompasados en una de las callejas próximas, y poco despues la luna reflejó en las armas de algunos soldados moros que rondaban precedidos de un alwacir.

Schamsul-llemal se cubrió con el velo y asió el brazo del emir, que gritaba:

—¡ A mí! ¡ á Muza Ebn-Abil-Gazan!

La ronda acudió precipitadamente á su voz y le rodeó.

—¿ Qué ordenas, poderoso señor? dijo el alwacir reconociendo al emir á la luz de la luna y saludándole respetuosamente.

—Aposta aquí, bajo ese agimez roto, diez de tus ballesteros; que se detengan y aposten tambien rodeando esta torre y estos muros cuantos hombres de armas ó musulimes pasen por la plaza, y préndase á cualquiera que salga de ese recinto, mujer ú hombre, noble ó villano. Tú, sígueme con los restantes.

El alwacir cumplió instantáneamente las órdenes del emir, que se alejaba á gran paso, llevando del brazo á Schamsul-llemal, y miró con

estrañeza la abertura del agimez, y los escombros que bajo él se veían, luego con otros diez ballesteros, siguió á Muza, que á pesar del arnés, marchaba con una rapidez prodigiosa; la jóven le seguía, y sus pequeños pies parecía que no tocaban á la tierra; las brisas de la noche agitaban su velo, jugaban con sus cabellos, y un perfume embriagador envolvía al emir; de vez en cuando, éste, á pesar de sus pensamientos, lanzaba una rápida mirada á la mujer, y sus ojos cegaban ante los destellos que arrancaba la blanca luz de la luna de un joyel pendiente de su cuello.

Y así, en este estado de escitacion, pensando en la salvacion de su patria, envuelto en el misterioso prestigio de aquella mujer casi aérea, furioso, enamorado, impaciente á la par, el emir no andaba, sino que se deslizaba como impulsado por el viento, dejando tras si á los ecos el áspero crugir de su armadura, y á las auras la suave ondulacion de la flotante túnica de Schamsul-llemal y la deliciosa ambrosía de su aliento y de sus cabellos.

El alwacir y los diez ballesteros seguían casi á la carrera á los dos jóvenes que parecían una vision nocturna y mágica, deslizándose al través del oscuro fondo de las callejas ó ante el rayo de la luna que cortaba á veces con una estrecha faja de luz las penumbras.

Y así, sin descanso, llegaron á Bib-Guadix.

—¡Alerta! gritó Muza al atalaya, que paseaba en las almenas con la pica al hombro, entonando un romance de amores: ¡alerta! ¡y á las armas!

El canto cesó, y el atalaya, afianzado su pica, gritó:

—¡Alerta! ¡y á las armas!

Bajo el oscuro arco de la bóveda oyéronse confusas pisadas, crugir de armas, ruido de voces; luego el ronco redoble de un atabal resonó entre las almenas, y por tres veces, tres haces de ramaje encendido lanzaron su flébil llamarada en el adarve.

Y luego se escucharon los atabales del recinto, y lucieron sobre las puertas y sobre las torres las fogatas, y despertó Granada sorprendida al ronco estampido de alarma de las bombardas de la Alhambra.

Y despertaron también las oscuras atalayas de la vega y de los montes, y lucieron sobre ellas los fuegos, y el grito de guerra de Muza fue llevado instantáneamente hasta las lejanas fronteras y hasta el real de Santafé, que permaneció silencioso y oscuro.

—¡Un caballo y una lanza! gritó Muza dándose á conocer al alcaide de la puerta; ¡á caballo todo los zenetes de la guarda! ¡bajad el rastrillo y al campo!

Todo se hizo con un silencio y una rapidez que honraban á los ginetes

granadinos; el alwacir con los diez ballesteros quedó guardando la puerta, y Muza cabalgó, poniendo ante sí sobre el caparazon del caballo, á Schamsul-llemal, y se lanzó al galope seguido por cien zenetes, sobre el camino que conducia á la cueva del rio.

Pero nada se descubrió, la puerta estaba abierta, el palacio abandonado, en el retrete donde habia encontrado Muza á Schamsul-llemal todo estaba en el mayor desorden; los pebeteros volcados, habian quemado á trechos la alfombra, y sobre el divan se veian algunas gotas de sangre,

Muza tomó posesion de aquel palacio abandonado en nombre del rey; mandó abrir la puerta que antes le daba entrada por la plaza de la grande aljama; y haciendo retirar á los zenetes y á los soldados que le seguian, se tornó á su alcázar con Schamsul-llemal, cuando el alba disipaba las tinieblas de aquella noche de aventuras.

VIII.

Al dia siguiente en las plazas y en los sitios mas concurridos de Granada, no se hablaba de otra cosa que de la alarma de la noche. Pero la verdadera causa se ignoraba, y solo se sabia por el vulgo que al amanecer habia entrado por Bib-Ataubin, rodeado de lanzas, un astrólogo africano conduciendo del diestro un palafren en que cabalgaba una mujer vestida á la castellana y cubierta con un tupido velo.

Y era verdad; á la voz de alarma lanzada por Muza y repetida por los atalayas, los atabales y las fogatas de las torres, habia respondido tambien á su vez el castillo de Bib-Ataubin, y su alcaide, el valiente Reduan Venegas, se habia lanzado al campo con sus ginetes.

Temíase una algarada de los enemigos, y el alcaide avanzó, ansioso de ginetear con los cristianos, hasta llegar á la vista del real de Santafé.

Pero á pesar de los disparos de la artillería de la Alhambra y de las llamaradas de las torres de atalaya, el real estaba silencioso y solo se veian al lejos los destellos de las armas de los escuchas apostados en los muros.

El cristiano esperaba encerrado en su campo, como el tigre en su cubil, y Reduan se tornó, pero á poca distancia de Granada, cuando el alba empezaba á esclarecer el horizonte, hé aquí que los campeadores del alcaide distinguieron un hombre cubierto con un balandran negro, caminando apoyado en un baston, delante de un palafren que conducia á una dama enlutada.

Ansiosos de una presa los alfaraces agujieron sus caballos y con sus lanzas bajas encerraron en una doble fila al hombre y á la mujer.

—¡Alto! les gritó Reduan Venegas.

El hombre se detuvo y la dama refrenó su palafren.

—¿Quién sois?

—Un viejo y una mujer que vamos á Granada, contestó el hombre.

—¿De dónde venís y cuál es vuestro nombre, insistió el moro?

—Eso no te diré, alcaide Redeuan, contestó el viejo; pero si desconfiás de mí, llévame entre lanzas al alcázar de la sultana Aixa la Horra, y por ella sabrá el rey Abou-Abdallah quien yo soy y de dónde vengo.

El feroz alcaide no preguntó mas al viejo; se limitó á llevarle á Granada entre lanzas, y le condujo con la mujer al alcázar de la sultana.

Despues de esto habia tornado una tranquilidad aparente; los que habian tomado las armas al grito de alarma volvieron á sus casas, y todo siguió en la ciudad el curso acostumbrado; pero los curiosos y los fanáticos buscaron en vano en la puerta de la aljama á Jucef-el-Alime, en tanto que miraban con asombro roto uno de los agimeces del misterioso torreón, y franqueada su puerta fapiada hacia tanto tiempo.

Sombrios ballesteros paseaban delante de ella y entraban continuamente wacires y katibes.

En tanto en el alcázar de Dar-la-Horra (1), en uno de sus mas retirados retretes, recostada en un divan, marcadas en sus ojos las huellas del insomnio, blanca y pálida como una azucena marchita, se veia una mujer, hermosa aun, aunque ya tocaba al otoño de su vida. A pesar de esto, sus ojos negros y poderosos brillaban como en la fuerza de la juventud, y sus formas se conservaban mórbidas y sus cabellos brillantes.

Su traje era sencillo, severo, de color oscuro y cubria profusamente entre sus anchos pliegues su cuello, sus brazos y sus pies; un chal de la India rodeaba su cabeza y le sujetaba sobre su frente una senciilla, aunque rica garzota de perlas.

Una esclava negra dormia á sus pies, echada sobre su túnica, y fuera, en el vestibulo del retrete, se veia pasar y repasar tras la puerta ojiva, un esclavo rubio, sin otras armas que un puñal envainado entre su faja.

Un profundo silencio dominaba cerca y lejos, á escepcion del canto de los ruiseñores que encerrados en jaulas doradas revolaban alegres ante los primeros rayos del sol que aparecia tras la lejana silueta de las sierras.

Las auras de la mañana penetraban por los agimeces cargadas de los aromas de los jardines, y lanzaban blandamente el vapor de los pebeteros en transparentes espirales, hasta la matizada ensambladura de cedro, velando en un suave vapor las labores persas y los alicatados que enriquecian los muros.

(1) Hoy convento de Santa Isabel la Real.

Voluptuoso, impregnado de indolencia y de languidez, parecía volar allí el espíritu de los amores orientales; los transparentes estaban inundados de una luz diáfana, purísima, naciente, halagadora como debió serlo la primera sonrisa de amor de la primera mujer.

Y sin embargo, la que velaba y parecía haber velado toda la noche en el ángulo de aquél divan, se mostraba agena á aquella naturaleza virgen y perfumada, que despertaba sonriendo, que la enviaba el suave reflejo de su ardiente sol, que la hacía aspirar sus silvestres aromas entre las alas de sus brisas, y la daba el murmullo de sus aguas y el canto de sus aves; aquella mujer inmóvil, silenciosa, sañuda, altiva, parecía tener vuelta la mirada de sus ojos fijos al fondo de su alma.

Y habia sufrimiento en aquella frente surcada ya por imperceptibles arrugas, en aquellos ojos orlados de larguísimas pestañas y coronados por anchas y fruncidas cejas, en aquella boca entreabierta y desdeñosa de labios delgados y descoloridos que dejaban entrever una dentadura de perlas tenazmente cerrada; pero era un sufrimiento que inspiraba respeto y compasion, un sufrimiento lleno de magestad, imponente en su dolor.

Aquella mujer era la sultana Aixa la Horra (*la Honesta*), esposa de Abou'l-Hassan y madre del rey Abou-Abdallah.

Hubiérasele creído una estatua, á no ser por el movimiento de sus párpados y la leve agitacion de su seno: tan inmóvil y tan silenciosa se mostraba.

Un poco despues de la salida del sol, á tiempo que el nubio desaparecia en su paso ante la puerta, se dibujó en ella la forma de un hombre, que se detuvo un momento y luego adelantó en silencio sobre la alfombra que apagaba el ruido de sus pisadas.

Era el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Estaba deslumbrante de riqueza y de hermosura; su cabeza, cubierta por una toquilla de lino y un bonete de púrpura, parecia en lo radiante y magestuosa acabada de despertar de un sueño de amor y de gloria; su caftan azul, su alquicel de brocado, su continente todo le daba el aspecto de uno de los reyes de los cuentos de hadas.

Dejó su calzado, y se adelantó hasta Aixa, cual si pisase el pavimento bendito de una aljama, se arrodilló con amor sobre su túnica y asiendo una de sus manos la cubrió de amantes besos.

La sultana se estremeció; retiró su mano, como si la hubiera tocado un hierro ardiendo, y fijó su mirada profunda en la frente del emir, que la contemplaba con los ojos húmedos de amor, pero de un amor purísimo, inefable, como el que siente un hijo por una madre.

Al reconocerle la sultana Aixa recobró su espresion natural, sonrióse

imperceptiblemente, y con amargura asió con sus dos manos la cabeza de Muza y le besó en la frente.

—¡Qué quiere mi hermoso y valiente hijo! exclamó la sultana levantándole de sus pies y sentándole al par suyo en el divan.

—Poderosa, señora, contestó Muza, haz que nuestras palabras no puedan ser oídas, porque en lo que tengo que decirte va tal vez la honra de tu linaje.

Aixa despertó á su esclava favorita, alejó del vestibulo al negro, y cerró por sí misma las dobles puertas de su retrete.

Luego, indolente, acompasada, magestuosa se detuvo delante de Muza, y poniéndole una mano sobre el hombro, exclamó:

—¡La honra de mi linaje, emir! ¿Acaso le queda alguna? ¿Sustenta ya la Alhambra el trono pujante de mis abuelos? ¿ó por ventura son rechazados los cristianos de nuestras lejanas fronteras, dejando en ella sus pasos marcados con sangre? ¿Crees tú que yo, la reina Aixa, nieta, prima, esposa y madre de rey, he envejecido por los años, por las enfermedades ó por los placeres? No, Muza, no; en mi frente se plegan arrugas, mis mejillas están marchitas y mis labios se han descolorido por los pesares y el abandono.

—Pero aun eres, noble señora, contestó Muza, la envidia de las hermosas y gentiles damas de Granada; aun tus ojos guardan relámpagos de pasión sultana.

—No, continuó sonriendo tristemente Aixa; no te digo esto porque yo deploro la pérdida de mi juventud y de mi lozanía; es porque mis arrugas son hijas de los terribles pensamientos que abrasan mi frente; es porque he pensado que mi vejez será triste y afanosa, mas que lo ha sido mi desgraciada juventud: es por que creo que mis ojos se cerrarán á luz lejos de Granada, en un país bárbaro, donde acabaré sola, desesperada, sin un amigo que me consuele, sin un hijo que reciba en un beso de mi boca mi suspiro de muerte.

Muza movió la cabeza procurando sonreirse.

—¿Lo dudas? continuó Aixa. ¡Oh, yo no! ¡Yo tengo siempre ante mí el Africa de donde vinieron nuestros abuelos, con sus arenales abrasados, con sus vientos mortíferos y sus tribus salvajes; yo veo abierta en ella mi tumba y la de mi hijo el Zogoibi (1); porque un signo fatal rige nuestro destino, emir, y el sol de Granada toca ya á su ocaso entre nubes de sangre.

Muza callaba dominado por el vibrante acento de la sultana.

—¡Sí! continuó Aixa con exaltacion; ¿no lo has visto? Los cristianos

(1) El desdichadillo.

han llegado al fin hasta nuestros muros, despues de haber talado nuestros campos; nuestros ginetes han sido rechazados sobre la tierra del combate, y una ciudad cristiana ha levantado sus muros y se ha rodeado de cava á nuestros mismos ojos, sin que hayamos podido impedirlo. Fernando de Aragon, Isabel de Castilla, los dos principes que han llegado á ser reyes por la muerte de sus hermanos primogénitos; mas que por el decreto de Dios, por el crimen de otros, nos acechan desde esa ciudad. ¡Oh! ¿quién sabe, Muza, si me espera el destino sangriento de Carlos de Viana y de Blanca de Navarra?

Mira, continuó la reina dejando el divan y levantando el tapiz que cubria un alhami, dentro del cual se veia una mesa ocupada por multitud de manuscritos y sobre la que brillaba aun la luz opaca de una lámpara; mira, yo he aprendido de algunos sabios, dialectos desconocidos á nosotros, he estudiado en mi larga viudez de esposa desamparada la lengua de los hebreos, de los griegos, de los romanos de los castellanos; he pasado noches en vela para conseguir lanzar mi vista al través de los abismos de la historia; he meditado mucho y he visto siempre el crimen y la traicion en torno de los reyes. ¡Por Allah, Muza! he comprendido que un gigante de hierro se lanza sobre Granada, y he leído en su porvenir la ruina, el destierro de sus hijos, las hogueras de los infieles, y la deshonra de nuestra raza suspendida sobre nuestras cabezas; he buscado un medio de salvacion; he buscado héroes como Almanzor y Abderramen entre nosotros, y solo te he encontrado á tí mi valiente emir, á tí á quien llamo mi hijo, porque tú eres el que vienes á romper con tu amor y tu lealtad el triste abandono de una reina y una madre.

—Y sin embargo, exclamó Muza, á quien habia contagiado el dolor y la régia y valiente indignacion de la sultana; aun no se ha perdido todo; aun tenemos fuerzas: además de los ginetes y de los peones, que son la flor de Andalucía, gente endurecida y acostumbrada á la guerra, tenemos veinte mil mancebos en fuego de su juventud, que en defensa de su patria harán tanto como los mas esforzados y de mas esperiencia.

—Sí, sí, contestó Aixa; la gente es mucha; bravean y amenazan detrás de los muros, pero en sonando un atabal se esconden en lo mas retirado de sus casas; además la guerra civil arde; los hijos de Zoraya, de la renegada, de la infame Isabel de Solís, fomentan los bandos y cada dia hay un nuevo motin; cada dia se tiñen las calles y las plazas con sangre musulmana; y mira, añadió Aixa asiendo una mano de Muza y bajando la voz con misterio; ¡anoche tuve una vision funesta, terrible!

El emir palideció, fascinado por un terror supersticioso, ante la sombría y penetrante mirada de la sultana.

—Si, continuó Aixa; paseaba yo en mis jardines; empezaba la noche y la luna brillaba sobre la corriente de las aguas; estaba sola; no se percibía otro ruido que el murmullo de las fuentes y el rumor de las hojas: ruido soñoliento que entristeció mi espíritu, que enlanguideció mi cuerpo, que me hizo sentar sobre el césped y cerró mis ojos. Luego cubrió mi inteligencia un manto de tinieblas, despues ví un desierto opaco, sin luz ni sombra, sin cielo ni horizontes.

Un jóven leon, fuerte y valiente, pasaba al través del desierto; yo amaba aquel leon de brillante guedeja, de mirada noble, de continente magestuoso, porque veia en él el símbolo régio de la lealtad y de la bravura.

El leon penetró en una oscura selva, y le ví unirse á siete viejos leopardos negros de miradas feroces y con las cabelleras manchadas de sangre; y el leon habló con ellos, y ellos le acompañaron hasta una oscura gruta.

Y en aquella gruta habia una blanca y gentil gacela guardada por un lobo, y el leon ahuyentó al lobo, y libró á la gacela y la amó.

Pero la gacela fascinó al leon, y un cobarde milano arrojó tósigo sobre el camino del leon, y el leon pereció, y pereció la gacela, y el lobo se cebó en su sangre, y el milano huyó á remotas playas.

Y yo quise en lo recóndito de mi espíritu conocer el sentido de la vision, y rasgóse el velo de mi mente. Y ¡oh Muza! tú eras el leon, la gacela una vírgen pura y bella, el milano el rey Abou-Abdallah, y el lobo, el miserable, el traidor, el hijo de Zoraya, el infante Sidy Alhamar.

Y desperté, Muza; y como si mi sueño hubiese sido un presagio funesto, escuché el estampido de alarma de las bombardas de la Alhambra, y el redoble de los atabales, y la carrera y los gritos de los soldados. Huí del jardín, y desde entonces estoy aquí, aterrada, sin que haya besado el sueño mis párpados, con la desesperacion en la frente y el dolor en el corazon.

Muza se habia levantado y paseaba agitado por el retrete; su paso lento, fuerte, marcado; lo sombrío de sus ojos, lo fruncido de su entrecejo, le ase mejaban al jóven y valiente leon que habia visto la sultana en sueños.

—Tambien ante mí ha pasado una vision siniestra, madre mia, exclamó Muza, con profundo acento, sin dejar su paseo circular; tambien yo he visto rasgarse ante mí el velo del destino; y esa terrible vision es la que me trae á tu lado, porque tú, sultana, estás envuelta en ella, porque en ella está tal vez la honra de tu linaje.

Y Muza relató brevemente á Aixa cuanto le habia acontecido la noche anterior, desde la salida de su alcázar hasta su vuelta á él.

Luego sacó lentamente de entre su faja el cofrecillo de ágata, y mostró á la sultana las siete hojas de laurel ensangrentadas.

—¡Siete dias de amor, la dijo, por siete siglos de sangre! ¡Oh! ¡y yo la amo, Aixa, como nunca he amado, y siento mi ser lleno de su ser, y mi sangre arde y se estremece ante esa hermosura, que guarda el destino de mi patria! ¡hemos alcanzado un horóscopo fatal! ¡necesitamos talismanes para vencer la traicion; más que soldados tenemos que ser amantes! ¡Oponemos el engaño al engaño! ¡Por Allah, que casi estoy resuelto á romper de frente con mi destino, á ordenar mis leales almogavares y á lanzarme con ellos sobre ese real insolente! ¡Oh! ¡por qué no he sido yo rey de Granada!

En aquel momento dieron un respetuoso y recatado golpe á la puerta del retrete.

Muza llegó á ella y la entreabrió.

—Poderoso señor, dijo prosternándose un esclavo, há largo espacio que un astrólogo acompañado de una dama encubierta, demanda la honra de besar las huellas de los pies de la sultana (á quien Allah bendiga), y ahora añade impaciente que si no se cumple su deseo, tal vez peligre el reino y la misma sultana.

Muza, irritado por la insolencia del mensaje, abrió la puerta para lanzarse fuera, pero le contuvo Aixa.

—Que espere ese hombre, dijo al esclavo que se retiró.

—¡A este punto hemos llegado! exclamó Muza inclinando la cabeza con dolor; los astrólogos y los juglares se creen con derecho á impacientarse en los alcázares de sus reyes.

—Hace mucho tiempo que no lo somos, emir; ¿acaso no oyes todos los dias al populacho insultar á mi hijo? ¿no han apedreado las puertas de su alcázar? Cuando volvió de su vergonzoso cautiverio despues de la rota de Lucena, ¿no encontró ocupada la Alhambra por su tio Abdallah-al-Ssagar? yo envuelta en las tinieblas ¿no le abrí un postigo del Albaicin, cual hubiera podido á un bandido ó á un contraventor de la ley? No, Muza; el divan de Granada no es otra cosa que una púrpura rasgada por las guerras civiles y manchada por la traicion.

Y véte, tal vez ese hombre que aguarda sea un vasallo leal, tal vez venga á noticiarme alguna nueva rebeldía.

Muza iba á salir, pero se detuvo súbitamente como quien recuerda algo importante.

—Estoy loco, dijo, mi cabeza arde y se envuelve entre tanta y tanta emocion, sultana; habia olvidado el objeto que me trajo ante tí.

Y sacó de entre su faja el pergamino que le habia entregado Gaston

de Vargas, escrito por el infante Sidy Yayhe á su hermano Sidy Alhamar, y le mostró á la sultana.

Aixa le desenrolló y leyó.

A medida que adelantaba en su lectura, su frente pálida se enrojecia, sus ojos lanzaban relámpagos de furor, su seno temblaba, y sus manos crispadas estrujaron al fin con una rabia infinita el pergamino.

Pero instantáneamente aquel furor desapareció, su frente tornó á su palidez natural, y sus ojos dejaron su espresion bravía.

—¡ Muza ! ¡ valiente hijo mio! le dijo : el destino te trae junto á mi; corre, sal por esta puerta, atraviesa la galería, llega al otro retrete y levanta la alfombra del divan, luego cuenta en el pavimento las baldosas desde el ángulo oriental hasta siete, levanta con la punta del puñal la última, en que está grabada una invocacion á Allah, saca un cofrecillo de hierro que hallarás bajo de ella ; sal por un postigo del muro, y espérame en tu alcázar.

Muza, demasiado caballero para pretender inquirir mas de lo que se le confiaba, besó las manos á la sultana, tomó su calzado, y salió del retrete por una puerta opuesta á aquella por donde habia entrado.

Cuando Aixá no escuchó ya el sonido de sus pisadas, abrió la puerta y dijo con voz breve y severa:

—Que entre ese hombre.

El esclavo partió, y Aixá, despues de haber cerrado las espesas celosías de los agimeces, se reclinó en la sombra de un ángulo del divan.

Poco despues aparecieron en la puerta un hombre y una mujer.

IX.

Emtrambos adelantaron con osadía; ella cubierta con su manto; él rebozado el rostro con el extremo de su toca. Aixá permaneció inmóvil, reconcentrada en sí misma, con la mano posada en el pomo de su puñal.

El hombre miró receloso en derredor, y fué á cerrar la puerta del retrete que daba paso al vestibulo.

—¿Quién eres tú miserable? gritó Aixá, que no pudo reprimir por mas tiempo su orgullo de reina; ¿tú, que te atreves á encerrarte conmigo en mi retrete de sultana?

El hombre no contestó: acercóse lentamente á la mujer cubierta, arrancó el velo de su cabeza, y dijo:

—¡ Esta es mi madre!

Aixa miró con terror la frente de aquella mujer, y dudando aun de

sus ojos se lanzó á una celosía, la abrió de golpe, y recorrió el tapiz de seda del agimez.

La luz del sol inundó con reflejos brillantes el retrete, y coloró el semblante de la mujer que acababa de descubrir el que se había anunciado como astrólogo.

Aixa dió un grito al reconocerla, y quedó muda, inmóvil, fascinada, como ante un objeto de horror.

Aquella mujer era alta, esbelta, de ademan soberbio y frente surcada por prematuras arrugas y que aun guardaba enérgicas señales de una gran hermosura; sus ojos estaban tenazmente fijos en la alfombra; envuelta en su ancho ropaje de luto, inmóvil y silenciosa, parecía esperar á que otro forzase aquella situacion estraña.

Aixa fue la primera que rompió el silencio.

—¡Tú! ¿eres tú? dijo con voz que el ódio y la cólera hacian convulsiva; ¡tú, Isabel de Solís, Zoraya! ¡el espíritu infernal que siempre cruza mi camino, y á quien siempre veo en mis recuerdos de esposa escarnecida y de madre calumniada!

—Yo soy, contestó Zoraya, levantando trabajosamente la vista hasta posarla irresoluta en Aixa.

—Y yo el infante Sidy Alhamar, dijo el hombre dejando caer el estremo de la toca que ocultaba su semblante.

Aixa se cubrió el rostro con las manos, y quiso huir.

—No, la dijo Sidy Alhamar asiéndola de la túnica; aguarda, sultana, estoy desarmado y nada tienes que temer de mí ni de mi madre. De mi madre, que á pesar de todo te respeta y te ama.

Sidy Alhamar pronunció estas palabras en acento dulce y sentido, como pudiera serlo el de un hermano ó el de un amante.

—Mucho debeis esperar de mí, contestó Aixa, echando atrás su cabeza en un movimiento lleno de magestad, cuando asi te humillas, Zoraya, cuando asi encubres tu odio, Sidy Alhamar. Acabemos pues. ¿Quién ha traído á los rebeldes al alcázar de sus señores?

El infante escuchó sin conmovirse esta pregunta, y contesto:

—Tú lo has dicho, sultana; mucho esperamos de tí; una mujer que es la lumbré de los ojos de mi hermano Sidy Yahye, una mujer á quien guardábamos como un tesoro inestimable entre las sombras de un retiro ignorado, ha sido robada esta noche, merced á la traicion y al engaño, por uno que se jacta de ser el mas bizarro y cumplido caballero de Granada, por el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

La sultana sin contestar, se reclinó con desden en el divan, mientras Zoraya y su hijo permanecian de pie ante ella.

—Yo mismo, continuó Sidy Alhamar, desarmado: creyéndome seguro por el honor de un caballero, he estado á punto de perecer á manos de Muza.

—Y bien, dijo impaciente Aixa, ¿qué quereis?

—Muza, contestó el infante, te ama como á una madre, sultana, y aunque hubiese de rasgar su corazon para complacerte, no se negaria á tu capricho mas exigente. Pues bien; si logras que se nos devuelva esa mujer, mi hermano, á quien acabo de ver en el real de Santafé, mi madre y yo desistiremos de nuestros odios contra tu hijo Abou-Abdallah; retiraremos del ejército de los reyes de Castilla las taifas moras que les ayudan; volveremos á tomar nuestras armas de Granada, y juraremos pleito homenaje y obediencia al rey.

—¿Y cuáles son mis seguridades? preguntó con sarcasmo Aixa.

—Mi madre, contestó Sidy Alhamar; mi madre á quien amamos, y que te dejaremos en rehenes.

Brilló un relámpago en los ojos de Aixa, que se perdió entre el doble y oscuro fondo de los tapices que festonaban el divan entre que se habia envuelto.

—Acepto, dijo la sultana; esta tarde esa mujer te será entregada en el sitio que señales.

Sidy Alhamar no esperaba una concesion tan fácil, y frunció el entrecejo.

—Aun hay mas murmuró sombríamente Sidy Alhamar.

—¿Aun hay mas? veamos, repuso la sultana.

—Como mi hermano y yo somos enemigos jurados del emir, en tanto que se firman las capitulaciones por las que debemos ser asegurados en nuestros bienes, en nuestra libertad y en nuestras vidas, quiero para mi hermano y para mí residencia en uno de los castillos reales de Granada, concedida por el rey, no á mí, Sidy Alhamar, sino á Abu-Al-hakem, sabio astrólogo, que se ocupará en preguntar á los astros el destino de Granada.

—Es decir, observó la sultana, que tú, no pudiendo ya vivir en Granada á la faz del sol, presentándote á la plebe en la puerta de la aljama como sabio y faquí, pretendes estar á la mira de tu presa encerrado en una torre como un azor que acecha, ¿no es esto?

—Yo nada digo sultana, sino que si no se nos otorga lo que pedimos, si no se nos concede el castillo que elijamos, y á mas no se ponen á nuestro servicio esclusivo un alférez y diez ginetes, mañana se presentará al rey Abdallah cierta faja, en uno de cuyos extremos está escrita una historia de amores en caracteres cabalísticos. Y en-

tonces el rey sabrá que el pueblo llama la *Honesta* á una mujer...

—¡Silencio! dijo Aixa levantándose y tapando la boca á Sidy Alhamar; ¡silencio!

Y fué á la mesa, tomó un pergamino, y escribió para el rey.

—Estás satisfecho, dijo penosamente la sultana á Sidy Alhamar mostrándole la escritura.

El infante leyó; el pergamino decia así:

«Hijo, rey y señor Abou-Abdallah; tu madre la sultana Aixa te bendice y te besa en la boca.

»El astrólogo Abu-Al-hakem, doctor sabio y astrólogo profundo, por su amor á Allah y al rey, quiere leer en las estrellas el signo fatal ó venturoso de Granada; pero para ello necesita la soledad y el misterio. Por el amor de tu madre, por el reposo de tu padre, concédele, hijo mio, cédula real para morar en el castillo que mas le plazca, y pon, porque así es su voluntad, á su mandato una guarda de un alférez y diez ginetes.»

Sidy Alhamar examinó escrupulosamente el sello de plomo que pendia con hilos de seda del pergamino, le guardó enrollado entre su túnica, y dijo con acento conmovido á la sultana:

—Te dejo á mi madre, señora, y espero que su cautividad no sea penosa, ni que se cierren para ella otras puertas que las exteriores del alcázar.

—¡Oh! yo te lo prometo, contestó dominándose Aixa.

—Sidy Alhamar besó á su madre, saludó á la sultana y salió cubriéndose el rostro con el extremo de la toca.

Zoraya permaneció aun inmóvil en el sitio donde se habia detenido al entrar; Aixa esperó, conteniendo la respiracion, á que se perdiese á lo largo del vestibulo el eco de sus pasos. Luego se lanzó como una pantera sobre Zoraya, la sacudió con fuerza del brazo, y gritó:

—¡Oh! ¡al fin te tengo en mi poder, vil combleza renegada; palidece en buen hora, grita, llora; pero tus gritos y tus lágrimas serán inútiles, porque ya duerme el sueño del olvido quien por tí levantaba el látigo de los esclavos sobre mi frente!

—¡Oh! ¿por qué me tratáis así, señora? contestó en buen castellano Zoraya.

—¡Oh! ¡te has olvidado del árabe, cristiana renegada! ¡tú, la que has manchado el lecho de los reyes! ¡tú, la que has insultado á las sultanas! ¡tú, Isabel de Solís, la de sangre traidora, la que vuelves las armas de tus hijos contra el pecho de su rey y de su patria! ¿Por qué te trato así? ¿has olvidado ya mi largo abandono, mi cautividad, la de mi hijo, la sangre musulmana vertida por tu causa, el enemigo que asienta inso-

lente sus reales en la vega alentado por las guerras civiles que tú has encendido? ¿Por qué te trato así? ¿crees engañarme con el mentido arrepentimiento de tus hijos, cuando vienes á darme el golpe de misericordia, á terminar la lucha empeñada entre nosotras de celos á celos, de odio á odio, de sangre á sangre, deshonorándome ante los ojos de mi hijo? ¿Por qué te trato así? ¡oh! ¡ven conmigo, ven!

Y arrastró furiosa, colérica, rugiente, á Zaroya, que aterrada, trémula, sonrojada se dejaba conducir por su inexorable rival, á la misma puerta por donde había desaparecido Muza.

Y así atravesaron una galería, un vestíbulo, y entraron en un retrete pequeño y oscuro.

Aixa no se detuvo hasta llegar á un divan colocado en un ángulo de él; la alfombra estaba arrollada, y levantada una de las baldosas.

—Cuenta, le dijo Aixa, llega á la sétima. ¡Oh! mira, está vacía; antes que tú ha llegado otro, Isabel de Solís; las pruebas de un amor desdichado á que me arrastró el abandono y la crueldad de Abou'l-Hassan han desaparecido, y tú estás en mi poder.

Zoraya dió un grito de terror al ver el hueco vacío, y quiso huir.

—¡No! exclamó Aixa; estás en mi poder; el destino por esta vez me ha librado de tí; escucha: y acercándose á un agimez, sacó de su seno el arrugado pergamino entregado por Gaston de Vargas á Muza: escucha lo que dice el hermano al hermano.

Zoraya se dejó caer aniquilada sobre el divan, porque preveía una suerte funesta.

La implacable Aixa, leyó:

«Hermano mio: hoy en un momento de embriaguez he revelado nuestro secreto; el capitan Gaston de Vargas ha jurado robar á Schamsullemal. Es necesario que el capitan muera.»

—Siempre sangre en vuestro camino, observó la sultana interrumpiendo por un momento su lectura; luego prosiguió.

«Es preciso también que dejes de mostrarte en la puerta de la aljama, y que busques un asilo seguro dentro de Granada. Para ello procura robar á la sultana un cofrecillo de hierro que guarda bajo la sétima baldosa del ángulo oriental de la cámara dorada en su alcázar de Dar-la-Horra. En él encontrarás tales papeles que la obligarán á prestarnos una eficaz ayuda.»

—Ya se ve, continuó Aixa arrollando de nuevo entre sus manos el pergamino; ¿por qué te trato así? ¡Es verdad, yo debía recibarte con los brazos abiertos, á tí, Isabel, á tí, que llegas á mi casa cubriéndote con el velo de un hipócrita arrepentimiento para acabar de hundir el puñal

en mi seno! ¡Es verdad, yo debía besar llorando de alegría tus rodillas, cuando vienes á darme el beso traidor de aquel apóstol de quien habla el Koram de los cristianos! ¡Es verdad, yo debía aun con todo esto perdonarte y llamarte mi hermana, á tí, que me has robado mi esposo, que pretendes esterminar mi reino! ¡Es verdad, yo debía amarte, ponerte sobre mi cabeza, morir sonriendo por tí!

Zoraya se levantó, no pudiendo ya contener el odio que ardia en su corazon y quiso hablar; pero Aixa cortó sus primeras palabras.

—¡Silencio! gritó: ¡silencio! ¡hola! ¡guardas, esclavos, á mí!

Instantáneamente se inundó el retrete de feroces almoravides armados hasta los dientes.

—Conducid á esa mujer á la torre del Gallo de Viento, encerradla en ella, y velad en su puerta.

Dicho esto salió; y Zoraya, á pesar de sus lágrimas y de sus gritos desesperados, fue conducida á la torre.

X.

En tanto Muza se habia trasladado á su alcázar en la Alhambra (1), llevando consigo el cofrecillo de hierro que habia encontrado en la cámara dorada.

Al entrar en su retrete se presentó á su vista el esclavo Acbahr, triste y sombrío, con la palidez en la frente, y el furor retratado en los ojos.

El emir, acostumbrado á leer en el semblante del africano, palideció, previendo una gran desgracia.

—¿Qué acontece, Acbahr? le preguntó.

—El ángel negro, señor, posa sus alas sobre tu casa, contestó con ronca voz el esclavo; y bueno será que huyas si no te encuentras dispuesto á entregar al rey tu amigo el cristiano y la dama que has encontrado en la morada del santón.

Muza tembló de cólera al escuchar esta nueva.

—¡Pero quién ha podido decir al rey, exclamó que esa mujer no sea una de mis esclavas trasladada desde el palacio de la Azubia á mi harem de la Alhambra!

—Señor, contestó el esclavo, como me ordenaste, conduje esa da-

(1) Este alcázar era un departamento del que hoy se conoce como *Casa real*; hace algunos años estaba en ruina, y ante él se veían casi enterrados unos baños de mármol; algun tiempo despues el brigadier de ingenieros señor Teruel, restauró los muros, acabó de cubrir los baños, sobre los cuales hizo un jardin, y la rodeó de una tapia de tierra, tal como se ve ahora que escribo esta leyenda.

ma al mirador de la torre sin ser visto de ojos vivientes; el capitán Gaston dormía en tanto sobre tu diván, y las otras esclavas estaban retiradas en el harem. Apenas había esclarecido el día, y todo callaba; entonces bajé á la caballeriza y me puse á limpiar tu caballo de guerra Samyel.

—¿Y bien?... repuso con impaciencia Muza.

—Hacia un momento que estaba en la caballeriza, cuando escuché el sonido de una guzla tan diestramente tañida, que parecía habían descendido sobre tu alcázar los arcángeles del sétimo cielo.

—¡Acabal gritó con ansiedad Muza.

—Luego, continuó Achakr, una voz suave, dulce y armoniosa cantó en romance de amores, y poco despues otra guzla contestó desde el alcázar, y reconocí en sus pulsaciones la mano del rey.

Entonces abandoné el caballo, corrí á los agimeces, y ví en efecto al rey Abou-Abdallah en el mirador de la sultana, dirigiendo su vista al mirador donde estaba asomada la cautiva.

Subí á la torrecilla, y ví al capitán Gaston de Vargas contemplando á la mujer, y ésta tañendo su guzla, vuelta la espalda al capitán, y riéndose á largas carcajadas de los romances de amores que la dirigia el rey.

Muza se estremeció.

—Entonces, continuó el esclavo, previendo lo que iba á acontecer, dije á tu amigo, valiéndome de lo poco que entiendo el castellano: capitán, una gran desgracia amenaza al emir; esa mujer es hermosa, el rey la ha visto, y ella se burla imprudentemente del rey; mucho será que no acontezca algun desman.

—¿Y qué he de hacer? dijo tu amigo.

—Ahora lo verás, le contesté, y me dirigí á la mujer. Señora, la dije, en este lugar no estás bien; permíteme que te traslade á otro mas seguro, y que te sirva de guarda ese cristiano.

Tu cautiva dejó la guzla, soltó otra larga carcajada, saludó con el extremo de su velo al rey, y mirándome con una fria indiferencia, me dijo:

—Hágase la voluntad de mi señor.

Bajamos las escaleras seguidos del capitán, llegué á los subterráneos, encendí una antorcha, abrí la puerta oculta de la mina que conduce al palacio de Dar-la-Horra, y entregando la antorcha al capitán, le dije:

—Cristiano, sigue esa mina que conduce al Albaicín, y llama á una puerta que encontrarás al cabo de ella. Despues dije á la dama, cuando contestaren, di que sois dos cautivos que el emir Muza Ebn-Abil-Gazan suplica á la sultana conserve ocultos en su alcázar.

El capitán tomó la antorcha y entró en la mina seguido de la mujer.

—¡Has sido un imprudente, Acbahr! exclamó Muza terriblemente contrariado por aquel desdichado acaso; ¡tú, solo tú; debiste acompañar á la cautiva! ¡Por Eblis que mi sino desdichado es mas lúgubre cada día! ¡enemigos por todas partes! ¡celadas continuas! ¡servidores imbeciles!

—Señor, murmuró inclinándose el esclavo, yo he creído oírte llamar hermano al capitán...

—Sí, y tú que has nacido en Africa; tú, que sabes que para un buen musulmán son sagradas todas las armas, el caballo y la mujer del que ha comido con nosotros bajo un mismo techo el pan y la sal, crees que todos los hombres son así. ¡Oh! ¡imbécil! puede un hombre esponer sus tesoros, su libertad, su vida por la salud de un amigo; ¿pero cómo asegurar que ese mismo hombre no nos hará traición si entre él y nuestra amistad se coloca una mujer?

—¡Vamos, sígueme! gritó Muza precipitándose á la galería que conducía á los subterráneos; es preciso que el capitán no esté mucho tiempo cerca de esa mujer.

—Es que, señor, el rey ha cercado de guardas tus jardines despues de la salida de la cautiva, y es imposible escapar por otra parte que por la torre de las Almenas.

Muza rugió de cólera.

—¡Qué venga, gritó, Abd-el-Kerim, mi katib!

—Está en el alcázar del rey, señor.

—¡Pronto mi caballo! gritó Muza; ¡mi pendon! ¡mis ginetes! es preciso que yo rompa de una vez el círculo de hierro de mi horóscopo.

Acbahr salió, y un momento despues resonaron los atabales y los clarines del emir, que se ceñía en tanto apresuradamente sobre sus galas un arnés de batalla.

Por primera vez un sentimiento de celos y de odio germinaba en su corazón; por primera vez maldijo la debilidad del rey, que sitiado por enemigos poderosos, exhausto de dinero, falto de mantenimientos para su ejército, encerrado como una mujer cobarde en su alcázar, se ocupaba en tañer y cantar amores á las mujeres de sus vasallos. Se empañaba lentamente en su corazón el terso esmalte de amistad y de amor que profesaba al capitán Vargas, y le parecia que le hacia traición en las revueltas del subterráneo con aquella mujer á quien amaba ya con delirio, y á quien solo debia un frío agradecimiento por haberla librado de la dura esclavitud del infante Sidy Alhamar. Recordaba que durante dos horas la habia conducido rodeando su esbelto y flexible talle con su brazo tem-

bloroso sobre el arzon de su caballo, y que ella, en cuyo semblante estaba retratada la pureza de una virgen, no había contestado ni con una sola mirada pudorosa al inmenso amor que de improviso se había apoderado de su alma á la vista de su hermosura.

Entonces, volviendo la vista á su pensamiento donde estaba grabada tenazmente la imágen de Schamsul-llemal, creyó encontrar en ella mucha semejanza con la sultana Aixa; por la primera vez de su vida, caballero infiel á los secretos de una dama, corrió sobresaltado al cofrecillo de hierro que había dejado con el de ágata, en el que guardaba las siete hojas de laurel, en un nicho afligranado del muro: le tomó entre sus manos y le examinó.

Sobre la tapa del cofrecillo estaban cincelados en el enmohecido hierro los cuarteles de un blason castellano demasiado conocido para él, por haberle visto cien veces en la adarga de un caballero cristiano, grande amigo de Abou'l-Hassan, que en vida de este rey solía pasar largas temporadas dentro de los muros de la Casa del Gallo ó de la Alhambra.

Era este caballero don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, uno de los primeros capitanes que asistían con sus lanzas y mesnadas en el ejército de los reyes Católicos.

Irresoluto, tembloroso, dejó Muza por tres veces el cofrecillo, y otras tantas le volvió á asir y á clavar la vista en los blasones de su tapa.

—Y bien, dijo, mi alma es bastante depósito para un secreto, ya aquí tal vez encuentre alguna luz que aclare las tinieblas del oscuro laberinto en que me encuentro.

Pero dudó aun; su nobleza le hacía recordar la confianza de la sultana, que le había entregado sin vacilar tal vez su honor, su porvenir, su vida.

Y á pesar de todo, su amor, sus celos, cien pasiones encontradas triunfaron en fin de su conciencia; en un momento de escitacion arrojó con fuerza el cofrecillo sobre el pavimento de mármol, y la tapa saltó, no pudiendo resistir la pujanza del golpe.

Un medallon de oro, un rizo de cabellos y un rollo de pergaminos rodaron de él.

Y Muza clavó su mirada avarienta en el medallon, y vió un retrato de hombre, jóven y hermoso, en la fuerza de la juventud, como él había visto en su infancia al conde de Cabra, cuando le sentaba sobre sus rodillas y acariciaba su rosado semblante con sus membrudas manos de guerrero.

Y examinó el rizo, perfumado, sujeto en un lazo de oro y brillantes, rizado, fino y sedoso como el de una niña, y de color castaño oscuro.

Y desenrolló los pergaminos y encontró en ellos cartas de amores y juramentos tiernísimos escritos con sangre.

Muza había descubierto unos amores criminales en el misterioso cofrecillo de la sultana; pero su infidelidad había sido inútil; nada sabía mas que antes acerca de Schamsul-Ilemal.

Guardó cuidadosamente aquellos objetos junto con las hojas del laurel en las fuertes arcas de su tesoro, y trémulo, avergonzado de sí mismo, llamó al esclavo.

—Señor, contestó Acbahr apareciendo en la puerta, tu estandarte ondea, tus almogavares esperan, y tus walíes cabalgan al frente de ellos.

—Toma esta caja, le dijo Muza, recátala cuidadosamente y llévala á mi armero; que al momento en secreto, componga de tal manera su cerradura, que ni yo mismo pueda notar que ha sido rota. Vé.

Acbahr partió á la carrera; Muza bajó á la plaza de armas de sus cuarteles, cabalgó en el valiente Samyel, y seguido en silencio de su alférez, de Naim Reduam, de Mohamet-Ebn-Zaide, sus walíes, y desus almogavares, salió por la torre de las Almenas, dió vuelta á la Alhambra, y se presentó en la puerta del Juicio.

Entonces un hombre, ginete en un asno, con traje de astrólogo, cubierto el semblante con la toca, recibió un pergamino enrollado y sellado que le entregó un jeque almoravid, y seguido de éste y de diez ginetes á manera de guardas, se alejó al paso de su asno, pasando sin inclinarse ante Muza, que en aquel momento descabalgaba, y llena la mente de sombríos pensamientos, no reparó en él.

El emir se hizo anunciar al rey.

Un momento despues, precedido de dos pajes, atravesó el patio del Grande Estanque, luego el de los Leones, despues el retrete de las Dos Hermanas, y se detuvo ante el mirador de Lindaraja; donde, reclinado en un divan, entre dos esclavas medio desnudas, una de las cuales alejaba de él el humo de los perfumes con un gran abanico de plumas; casi perdido en la muelle oscuridad producida por los dobles tapices de seda y púrpura que cubrían agimeces, transparentes y celosías; halagado por el rumor de las fuentes y el canto de los pájaros, estaba el rey Abou-Abdallah, con la cabeza destocada, la túnica desceñida y los pies desnudos; una de sus manos se posaba en el hombro de su esclava favorita que estaba dormida sobre su pecho, y con la otra se divertía en lanzar hasta la cúpula un polluelo de azor, que volvía á posarse sobre el dedo de su señor.

De pie, inmóvil, respetuoso se veía al noble anciano Abd-el-Kerim,

con los brazos cruzados sobre su pecho y las manos perdidas en las mangas, y mas cerca del rey, tras el divan, inmóvil tambien y silencioso, el jefe de los eunucos.

Antes de que los pajes pudieran anunciar á Muza, penetró hasta el rey el áspero crugir de su arnés, y se incorporó receloso sobre el divan, á tiempo que un paje gritó con vez sonora desde la puerta:

—El alto y poderoso emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Abou-Abdallah indicó con un indolente ademán que podia entrar Muza, y éste se adelantó, hincó una rodilla en tierra y saludó profundamente al rey.

—¡ Ah! eres tú, mi valiente emir, dijo el rey lanzando en el aire su azor; por cierto que deseaba verte, puesto que hasta ahora solo he podido preguntar acerca de cierta esclava á tu katib, el severo Abd-el-Kerim, que tanto me ha contestado como hubiera podido hacerlo el walf de mis eunucos.

—No te comprendo, señor, contestó Muza con la mayor serenidad.

—¿ A qué vienes, pues? repuso el rey; ¡ ah! no habia reparado en tí; eres el terror de mis mujeres y de mis pajes, Muza; mira cómo Lelia retira de tí los ojos con repugnancia; vienes manchado de sangre, emir.

En efecto, por resultado de la lucha de la noche anterior con Sidy Alhamar, algunas gotas de sangre manchaban el jaco de Muza.

—Son arras de mi oficio, señor, contestó Muza visiblemente contrariado ante la molición vergonzosa del rey.

—¡ Oh! cuando como tú se recogen *hermosas presas*, contestó el rey con intención, no es mucho que se tenga amor a la guerra, emir: yo, á quien llaman con cierta verdad el Zogoibi, no le tengo mucha voluntad desde la jornada de Lucena ¡ Oh! buen cautiverio me costó y gran rescate á mi madre. Esto es mejor, continuó señalando alternativamente con la vista á las dos hermosísimas esclavas, mucho mejor cuando se tienen vasallos valientes. Por Allah que tú solo, emir, pudieras poner en duda esa mi ponderada desventura. Tú eres mas dichoso; entras en la tierra de los cristianos y cautivas sus esclavas y sus mujeres, sin que el rey te deba su parte de botín, sin que elija para su harem entre tus cautivas, sin que sepa á dónde vas y de dónde vienes; ¿ quieres mas?

—Quiero, repuso Muza, que se respeten mis fueros de emir y de caballero; quiero que mi casa no sea allanada, ni rondados mis miradores, ni llenos mis jardines de esclavos armados como se hace con los traidores y los villanos.

El rey se levantó ceñudo al escuchar las últimas palabras de Muza.

Y sacó de entre su túnica un pergamino y le mostró al emir.

El pergamino, escrito por una mano desconocida, decia :

«Señor: Muza, tu emir, ha robado esta noche una mujer, cuya posesion le hará invencible. Esa mujer te pertenece, rey, si no quieres verte arrojado de tu trono por la traicion. Apodérate de ella, y que un seguro encierro la aparte para siempre del emir.»

—¿Y cuándo has recibido este pergamino? dijo Muza.

—Hace dos horas, contestó el rey, por un hombre que lo dejó á la guarda de la Alhambra y desapareció.

—¡Oh! ¡estamos cercados de traidores! murmuró Muza; despierta, señor, despierta, porque tu sueño es de muerte.

El semblante del rey se cubrió de una nube sombría, y miró, lanzando relámpagos de cólera por sus ojos, al emir.

—¡Oh! ¡tú la amas, gritó furioso, y quieres fascinar me! ¡yo la amo tambien, vasallo, y quiero esa mujer! Yo la he visto entre tus miradores acompañada de un cristiano, y quiero la cabeza del cristiano. ¿Lo entiendes? ¿dí?

—¡Señor!... murmuró Muza conteniéndose á fuerza de su lealtad.

—Yo amo á esa mujer hace mucho tiempo, continuó el rey; yo la he visto en sueños; yo he visto tambien á ese cristiano con la espada desnuda tras mí en una vision de sangre; estoy cercado de traidores y de asesinos por do quier, y hasta mis esclavas me dan pavor.

Y el desdichado rey, estremecido, pálido, con la espresion de la insensatez en los ojos, cruzados los brazos sobre el pecho cual si pretendiese defenderle así de una puñalada, se replegó en el ángulo del divan.

—¡Hermano! ¡hermano mio! gritó Muza asiendo las manos del rey (1).

—Sí, yo la amo, dijo el rey volviendo á su pensamiento dominante; la vi esta mañana mas pura y mas hermosa que el alba que aparecia sobre los montes; tú la amas tambien. Pues sea. Hazla tu esposa; pero déjame ver sus ojos, hermano mio, y la amaré como á una hermana.

Muza se estremeció; amaba al rey, pero conocia la inconsecuencia de su carácter; compadecíale débil é insensato, llorábale desgraciado, y temíale cruel.

—Quema ese pergamino, le dijo el rey, que no merece otra cosa escrito que mancha tu lealtad; quémale, y ámame siempre, pero déjame ver á tu esclava.

—La verás, señor, contestó Muza arrojando el pergamino en uno de los perfumeros.

—¡Ahora! dijo el rey con la impaciencia natural de su carácter.

(1) Decíase que Muza era hijo bastardo de Abou'l Hassan y de una cristiana.

—¡Ahora, señor!

—Sí, al momento, contestó el rey con imperio.

—¡Hágase la voluntad de Allah, murmuró Muza, en quien la lealtad de caballero dominaba á su amor de hombre; cúbrete, señor, de tus vestiduras reales y vamos.

Poco despues el rey Abou-Abdallah, gallardo y hermoso, á pesar de que había llegado á sus cuarenta años, ginete en su soberbio caballo, llevando á su mano diestra al emir y á la izquierda su alwacir, salió de la Alhambra por la puerta del Juicio, seguido de los almogavares de Muza.

XI.

Por la primera vez de su vida se había visto solo el jóven capitan Gaston de Vargas con una mujer tan hermosa como la que le había confiado en su imprudencia africana el esclavo Acbakr.

Parecíale á aquel un cuento de brujas y encantados, como los que había oido contar á las dueñas de su madre en su vieja casa solariega, y sintióse arrastrado, dominado por su espíritu aventurero y atrevido, junto á aquella mujer en aquella mina solitaria.

Ella tambien por la primera vez había mirado frente á frente á un hombre, y sentíase llena de un sentimiento vago, indefinible, nuevo para ella.

Entrambos andaban y callaban.

De repente ella se detuvo, y dijo en árabe al capitan.

—¿Dónde me llevas?

El capitan entendia tanto el árabe como el hebreo, y su semblante se cubrió de la triste espresion de quien no puede contestar á palabras que desea comprender.

Ella repitió su pregunta en castellano.

Una espresion de inmensa alegría se pintó en los ojos de Gaston.

—Lo ignoro, hermosa señora, contestó.

—¡Esclava de una mujer! dijo meditando Schamsul-llemal; ¿y no sabes tú otra salida que nos saque libres de Granada?

—Tanto como tú, contestó Gaston.

Tras estas palabras los dos jóvenes siguieron en silencio la mina adelante.

A medida que avanzaban era mas lento su paso, como si temiesen concluir demasiado pronto su travesía: tal vez sin darse razon de la causa, entrambos deseaban prolongar todo lo posible su estancia solitaria en la mina.

De vez en cuando Gaston lanzaba una furtiva mirada á Schamsul-

llemal, y alguna vez acontecía encontrar sus grandes ojos negros fijos en él; bajaban entonces los dos la vista y volvían á encontrarse sus miradas pasado un momento.

Al fin Gaston comprendió que no era indiferente á la jóven, y se atrevió á rodear un brazo á su cintura. Estremeciése ella, y exclamó:

—Mal guardador eres de mujeres, capitán.

Gaston tartamudeó algunas excusas.

—Has pensado mal de mí, le dijo la niña deteniéndose y fijando en él una dulce mirada de reconvencion.

—¡ Ah! es verdad, dijo Gaston, habia olvidado que amas á Muza. Schamsul-llemal hizo un gracioso mohin de disgusto, y contestó:

—¡ Yo no amo al emir! le respeto y le profeso agradecimiento; pero yo no puedo pertenecer á un infiel, porque soy cristiana.

Gaston dió un salto de alegría, que le puso en grande peligro de herirse en la bóveda de la mina.

—¡ Oh! es verdad, dijo; hablas perfectamente el español, eres castellana, cautiva tal vez. ¿ Y de qué familia?

—No la conozco. Me he criado en el castillo de Schalobanyah (1), cercada de gentes estrañas, contestó Schamsul-llemal con un acento tal de dulzura; que el capitán creyó encontrar una amante conmocion en las palabras de la jóven.

Despues de esto, ella, tal vez por cubrir la espresion de su semblante, echó el velo de su toca sobre la frente; y él, temeroso de enojar tal vez á la dama con miradas indiscretas, se adelantó un tanto precediéndola al través de la mina.

Gaston de Vargas, hijo de uno de los mas hidalgos troncos de la nobleza castellana, rico, valiente y jóven, era de carácter resuelto, emprendedor, audaz, y dotado de una franqueza sin límites. Profesaba una verdadera amistad á Muza, y se sentia dominado por el prestigio del heroismo de aquel desventurado caballero, tan noble, tan leal, tan cumplido. Gaston sabia que amaba á Schamsul-llemal, y comprendió que si bien él á su vez habia sucumbido como Muza al primer encuentro de la inmensa belleza de aquella misteriosa mujer, debia dejar venir los acontecimientos, ser leal al emir, y esperar á que desengañado él de lo imposible de sus amores, dejase á la jóven en libertad de elegir entre los dos.

Por otra parte, aunque ella le habia mostrado cuanto puede mostrar una mujer pura, un efecto mas que vulgar, temia la inconsecuencia propia de la raza de Eva, y que, como aquella primera madre, no fuera entre él y Muza una manzana fatal.

(1) Salobreña.

Por la primera vez Gaston era prudente; hasta entonces se había de jado arrastrar de los acontecimientos, confiado, loco, sin mirar al porvenir; pero entonces amaba, y sabido es que el amor suele trasformar á los insensatos en pensadores, y á los pensadores en furiosos.

Ella no se tomaba el trabajo de meditar, estaba predestinada á un grande objeto por el destino, y se dejaba arrastrar de él.

Al fin terminó la mina, y la luz de la antorcha alumbró una pequeña puerta chapeada de hierro.

Gaston levantó la mano para llamar.

—Espera, le dijo Schamsul-llemal; tal vez nos separaremos en breve y quiero que conserves una memoria mia.

La jóven desprendió un joyal de diamantes que sujetaba sobre su toca las anchas y largas trenzas de sus cabellos, que calleron á la espalda, y le entregó á Gaston.

—Escucha, añadió ella poniendo una de sus pequeñas manos sobre el hombro del capitan, hasta ahora, tú eres el primer hombre cuya presencia no me ha molestado, y á quien mis ojos no han mirado con desden. Este joyal es una prenda mágica; si alguna vez deseas verme, pónlo sobre tu corazon cuando guarde ese deseo, y aunque me circunden torres y cavas, y aunque me guarden en un arca cerrada con los siete sellos de Dios, llegarás hasta mí.

Gaston recibió temblando el amuleto, porque á pesar de su poderoso aunque naciente amor, no era bastante á curarle del horror que le causaban los hechizos.

Quizá tuvo miedo al lado de Schamsul-llemal, y llamó con el extremo de la antorcha en la puerta de hierro.

Nadie contestó.

Gaston repitió hasta tres veces la llamada.

Oyóse entonces una voz de mujer tras de la puerta.

—¿Quién sois, y qué quereis? dijo en árabe.

—Somos, contestó Schamsul-llemal, cautivos del emir Muza Ebn-Abil-Gazan, que suplica á la poderosa sultana Aixa les guarde ocultos en su alcázar.

No contestó la voz, pero oyóse una llave rechinando en una cerradura; y la puerta se abrió.

Schamsul-llemal y Gaston se encontraron ante la sultana en el extremo de un magnífico jardin, junto á una cascada y bajo una bóveda de verdes cipreses.

Aixa tornó á cerrar la puerta, y fijó alternativamente su severa mirada en los jóvenes.

Schamsul-llemal habia echado atrás su velo; Gaston se habia despojado respetuosamente de un bonete moruno que habian tomado en el retrete de Muza, dejando flotar al aire los sedosos rizos de su rubia cabellera.

—¿Sois cautivos de Muza? les preguntó la sultana posando de una manera avarienta su mirada en la jóven. ¿Y por qué mi hijo os envia á mi alcázar?.

—Lo ignoro, señora, dijo ella; llévanos ante la sultana.

—Yo soy, contestó Aixa; seguidme.

Gaston arrojó la antorchas á las aguas, y aunque no comprendia el árabe comprendió que debia seguir á una distancia respetuosa á aquella noble dama, que hartó mostraba en su continente su esclarecida alcurnia.

Y así anduvieron el jardin adelante entre acequias y flores, penetraron en una galería oscura, subieron una escalera, y entraron en la misma cámara donde Aixa habia recibido á Muza, á Zoraya y á Sidy Alhamar.

—¿Eres tú mujer del harem de Muza? preguntó la sultana á Schamsul-llemal.

—Soy desde anoche su cautiva, señora, contestó.

—¿A quién pertenecias antes?

—Estaba aprisionada por el infante Sidy Alhamar.

La sultana palideció, aquella era la mujer que se le demandaba á precio de su honra.

—Sal y espera, dijo á Gaston que abismado en profundas meditaciones permanecia de pie junto á la puerta.

—No comprende la lengua árabe, señora, observó Schamsul-llemal.

—Castellano, dijo un buen español Aixa, sal de aquí.

Gaston frunció el gesto ante aquel imperioso mandato de sultana, se inclinó, salió á la galería y se apoyó pensativo en un agimez.

Aixa entonces observó con ansiedad á la jóven; su frente nacarada, sus ojos negros, su mórbido cuello, todo su ser parte por parte fue objeto de la profunda mirada de la sultana.

—¿Cómo te llamas? la preguntó.

—Los que me han criado, contestó con rubor la niña, me han llamado, sin duda por amor, Schamsul-llemal, (*Sol de la hermosura*).

—¡Oh! y no han mentido, jóven, contestó con emocion Aixa. ¿Y quiénes son tus padres?

—No lo sé, contestó ella.

—¿Cómo, no sabes quiénes son tus padres?

—Solo recuerdo confusamente, como en un sueño, el semblante de una hermosa dama, que me besaba y lloraba sobre mi semblante en un palacio semejante á éste. Yo amaba á aquella dama, y aunque solo guardo un recuerdo confuso la amo aun.

Schamsul-llemal fijaba en el semblante de la sultana una mirada tan fija y tan intensa como la que aquella posaba en la jóven.

—¿Y luego? exclamó Aixa.

—Luego, desperté un dia y me encontré en otro lugar; era un castillo triste y sombrío levantado sobre una roca junto al mar; me acuerdo perfectamente de él porque allí he vivido hasta hace dos primaveras. Era el castillo de Schalobanyah, me guardaban como á una prisionera, á pesar de servirme como á una sultana. Todos los dias un cautivo cristiano entraba conducido por el alcaide, y quedaba solo conmigo durante mucho tiempo.

Aquel anciano de largos cabellos blancos, frente tranquila y mirada dulce, era un sacerdote de Cristo.

Aixa se levantó sobre el divan, y mirando severamente á la jóven, la dijo:

—¿Eres cristiana?

—Sí, soy cristiana, dijo la niña bajando tímidamente los ojos; soy cristiana, y como tal, mi nombre es Isabel.

Aixa dió un grito terrible arrancado del fondo de su alma, y palideció de una manera mortal.

—¡Isabel! exclamó, ¡siempre ese nombre aborrecido! ¡Oh! ¡las Isabels son mi destino! ¡antes Isabel de Solís, ahora Isabel de Castilla, esa niña tambien Isabel! ¡oh! ¡señor Allah, cuán inexorable eres conmigo!

—¡Oh! señora dijo con gravedad Schamsul-llemal, repara que lo que te digo es un secreto que á nadie he revelado mas que á tí; á tí, no sé por qué, pero yo te amo como un recuerdo ó como un sueño; cuando te ví ante mí á la salida de la mina, temblé, porque me pareció ver en tí...

—¡Silencio, niña! dijo Aixa poniendo su mano sobre la boca de Schamsul-llemal y mirando inquieta en torno suyo; ¡silencio! ¡estamos rodeados de traidores!

Y se levantó cerrando cuidadosamente las puertas.

—Sigue, sigue, dijo con ansiedad la sultana sentándose de nuevo en el divan; pero habla en voz baja... ¡si nos escuchasen!

Schamsul-llemal prosiguió:

—El sacerdote me enseñó el habla y escritura castellana, me reveló la religion de Jesús y me la hizo creer. Sus pensamientos eran dulces, co-

mo su semblante y su resignacion, porque habia sido hecho cautivo para que fuese mi maestro.

Y asi pasaron diez años, Todas las primaveras el alcaide del castillo me hacia vestir con magnificas túnicas, me cubrian de joyas, y me encerraban en una litera cubierta por fuera con cortinas de seda muy tupidas y sujetas de una manera que no las podia descorrer. Luego sentia que me levantaban del suelo y andaban; oia erugir el rastrillo, y luego pisadas de caballos y rechinar de arneses en rededor de mí; pero ni una sola palabra llegaba á mis oidos.

Y asi caminábamos todo el día por un camino montañoso, segun podia juzgar por el movimiento de la litera, y luego, venida la noche, ya tarde, sentia erugir otro rastrillo, abrirse otra puerta de hierro, y ruido de armas y soldados que detenia por un momento á los que me conducian. Durante el día, en el espacio comprendido entre aquellos dos rastillos, solo escuchaba ruido de esquilas, gritos de pastores, ladridos de los perros, como los de los rebaños que desde las tores del castillo de Schalobanyah veia pastar errantes en las montañas á orilla del mar.

Pero pasado aquel segundo puente, llegaba á mis oidos un rumor inmenso, pasos de hombres, gritos de vendedores; de vez en cuando un alarido lastimero tras un golpe de espada llegaba hasta mí y me estremecía. Luego detenia los caballos, se abria otra puerta, dominaba un silencio profundo y dejaban la litera en tierra, alejándose los hombres que la conducian.

Pasaba un momento y abrian la litera; entonces me encontraba en un patio alto y estrecho sostenido por columnas, y una mujer vestida de negro con una lámpara en la mano, asia de mí y me conducia á una habitacion magnifica cubierta de tapices y brocados, en el centro de la cual habia un divan de seda azul, y pendiente de la cúpula una lámpara de nácar.

La mujer, que era muy hermosa, se sentaba junto á mí, y me preguntaba acerca del sacerdote, de su ensenanza, de mis creencias; un esclavo negro, mudo y sombrío, me servia manjares, y aquella mujer, despues de haberme dado otra leccion semejante á la del sacerdote, pero menos dulce, menos agrádeable, se retiraba dejándome sola y encerrada.

Yo sentia pavor dentro de aquel magnifico aposento lleno de flores, adornado de joyas, resplandeciente, con perfumeros cargados de aromas, con jaulas de oro en que habia pájaros de rico plumaje, con bulliciosos surtidores, y fuentes de alabastro, en cuyo fondo habia peces de colores; pero los pájaros estaban mudos en sus doradas prisiones, y los peces inmóviles en sus lechos de alabastro, porque les faltaba como á mí, triste

tambien, la luz del cielo y las brisas del campo que son la alegría y la vida.

Y así pasaba siete días, que yo contaba por las veces que venía á verme la mujer enlutada, siete días que eran para mí una sola y tristísima noche.

Al cabo de ellos, la mujer volvía á conducirme al patio, tornaba á encerrarme en la litera, poníase esta en movimiento, y era de nuevo y de la misma manera conducida al castillo de Schalobanyah, y á mi sencillo aposento donde mi alma se espaciaba respirando con placer las brisas del mar, y perdiendo mi vista ansiosa en sus lejanos horizontes de plata y azul.

Llegué á cumplir catorce años, y por primera vez me atreví á preguntar al sacerdote por mis padres; yo recordaba, como te he dicho ya, sultana, el semblante de una mujer que en tiempos lejanos besaba llorando mis mejillas y me estrechaba en sus brazos; y yo habia guardado en mi corazón aquel amor puro, soñaba con él y gozaba, porque desde entonces no habia rozado mis labios un beso de amor, ni habia visto mas rostro afable que el de mi pobre maestro.

Nada supo decirme; la tristeza moraba en mi corazón á pesar de ser mi carácter alegre y bullicioso.

Una noche, hace dos años, desperté estremecida; reinaba un silencio profundo, el mar dormía en calma, solo se escuchaba el paso de los atalayas en el adarve; pero en medio de este silencio creí escuchar gritos confusos y lastimeros en la mazmorra situada bajo mi retrete, y en la que encerraban al sacerdote despues de haberme dado su lección cada día; me asomé al agímez y escuché; entonces percibí distintamente la voz del desdichado que luchaba y suplicaba á los soldados; luego su voz se apagó como si una mano tapase su boca, sonaron sordos pasos violentos, y al fin un golpe opaco como el de una hacha que corta sobre un tajo.

Luego percibí las pisadas y el crugir de las armas de los soldados que salían de la mazmorra, el golpe estridente de su puerta de hierro, y luego un silencio aterrador.

Estremecíme toda, y parecióme que un caliente y nauseabundo hálito de sangre llegaba hasta mí al través del respiradero de la prision colocado bajo el agímez.

Poco despues resonaron pasos en la galería; abrióse la puerta del aposento, y el feroz alcaide entró seguido de dos esclavas.

—Engalanad á Schamsul-Ilemal, les dijo.

Las esclavas se acercaron á mí, pero yo las rechacé y corrí al alcaide.

—¿Qué has hecho del cristiano? le dije.

—El cristiano duerme, contestó sombríamente el alcaide.

—¡Duerme sobre un lecho de sangre! le dije señalándole su caftan horriblemente rojo.

—Los muertos no hablan, contestó haciendo un gesto feroz el alcaide y dejándome sola con las esclavas.

Habían muerto al bueno y anciano sacerdote, temiendo tal vez que algun día revelase mi existencia, que querían tener envuelta en un profundo misterio.

Y le amaba, y su pérdida me trastornó; cuando volví en mí me encontré cubierta de galas y joyas, encerrada en la litera, y caminando sobre el mismo terreno montañoso que otras veces.

Aquella noche la mujer enlutada me condujo al retrete del divan azul alumbrado por la lámpara de nácar.

—Isabel me dijo, que así me nombraba siempre aquella mujer; has cumplido catorce años, y eres hermosa como un ángel; ya no saldrás de aquí sino para ser esposa de un bizarro caballero, y después que brille el sol de mi venganza.

Aquella mujer me había dado miedo; en sus ojos había leído más bien el odio que el amor; sus consejos para mí siempre habían sido siniestros, siempre habían tenido por objeto una mujer á quien se me procuraba hacer aborrecer.

A pesar de mi repugnancia, llena mi imaginación del funesto suceso de la noche anterior, me arrojé á sus brazos llorando, y la dije:

—Señora, han muerto á mi anciano maestro en el castillo de Schalobanah.

Rechazóme aquella mujer de sus brazos, me miró friamente, y dijo con violencia.

—Te han engañado, Isabel.

—No, no señora, la contesté, lo he oído yo, me lo ha dicho el alcaide, y su caftan estaba manchado de sangre caliente aun.

—¡Oh! contestó mirándome con fiereza; esa ha sido una horrible chanza del bravo Ali-Atar.

Calló un momento, y luego continuó.

—Mis enemigos triunfan; el poderoso señor que me protegía, ha muerto y tengo que huir de la ciudad; mi hijo Sidy Alhamar queda encargado de tu custodia, Isabel; ámale y respétale porque es hermano del que ha de ser tu esposo.

Dicho esto iba á salir, pero yo la detuve asíéndola por la túnica.

—Si es cierto que me destinan, la dije, para ser esposa de un hijo tuyo, tú no eres mi madre.

— ¡Tu madre yo! exclamó con furor la mujer; no; tu madre era una miserable adúltera, una mujer que te abandonó á la muerte, y que te hubiera hecho perecer, á no ser por mí que te salvé á pesar del odio que la profeso: tu madre es una infame que me arrebató mi suerte, el trono de mis hijos, la gloria de mi raza.

Aixa se agitó convulsiva en el divan, y sus ojos lanzaron relámpagos de cólera.

— ¡Y tú lo creiste! exclamó asiendo las manos de Schamsul-llemal, y mirándola con una ansiedad horrible.

— ¡Ah! no, no señora, yo no la creí porque no podía creer nada de una mujer que llamaba una chanza la muerte del anciano sacerdote.

Las profundas arrugas de la frente de Aixa desaparecieron.

— Sigue, hija mia, sigue, la dijo estrechando dulcemente sus manos.

— Quedé sola, prosiguió Schamsul-llemal, y poco despues, un mancebo, hermoso, pero de semblante siniestro como la enlutada, entró: me dejó manjares, y me anunció lacónicamente que era Sidy Alhamar.

Pasó algun tiempo sin que viese á otra persona que á él y á mis esclavas mudas, las mismas del castillo de Schalobanyah, hasta que en una ocasion entró Sidy Alhamar acompañado de otro jóven pálido, de semblante macilento y reflexivo, vestido á la castellana, y con cabellos largos sujetos por un birrete de terciopelo negro.

Marchóse Sidy Alhamar, y me dejó sola con aquel hombre.

— Yo soy Sidy Yahye, me dijo sentándose familiarmente junto á mi en el divan y pretendiendo asirme una mano que yo retiré.

Mi desvío le irritó; díjome que me conocia por haberme visto muchas veces al través de las celosías de la cúpula, que me amaba con frenesí, y que estaba resuelto á anticipar nuestra union antes del plazo preciso. Me pintó con los colores mas vivos su pasion, su porvenir, y sus proyectos de ambicion; me puso ante los ojos un trono, y me exigió amor.

Yo tenia miedo á su lado y le hice concebir esperanzas.

Salió á su vez y quede sola. Mi espíritu se entristeció; me veia abandonada, sin amparo, en poder de gentes ambiciosas que se servian de mí tal vez como de un medio para realizar alguna ruin venganza; el misterio de mi existencia me aterraba, y pensando en mi mala estrella me dormí.

Entonces, señora, apareció ante mi espíritu una vision; ví que el humo de los pebeteros se condensaba hasta cubrir las formas del retrete, dejándole velado en una niebla confusa; luego aquella niebla tomó formas y colores sombríos, y me encontré en un retrete octógono alumbrado por lámparas mortuorias.

En los muros de aquel retrete, se leían nombres de hombres escritos con sangre; bajo ellos, armas y pendones de formas estrañas y variados colores, y en torno, sobre el pavimento de mármol negro, habia ocho divanes ricos y resplandecientes como tronos; el uno estaba vacío, y sobre los siete restantes, asentaban siete viejos negros con barbas y cabellos blancos, envueltos en mantos de púrpura, con coronas de laurel en las cabezas, y largas espadas de guerra desnudas en las manos.

Yo me estremecí de terror, pero el mas anciano de los negros, me dijo:

—No tiembles, Schamsul-llemal, tu pureza te protege: ella es la que preside tu estrella y pone en tus manos el destino de un gran pueblo.

Eres cautiva, y los que te cercan, abusarán de tu inesperienza y de tu debilidad; se servirán de tí para ruines venganzas, y luego te abandonarán al escarnio y á la deshonra, sino te protege un poder superior que ellos mismos pondrán en tus manos sin saberlo.

La mujer que te tiene cautiva, es enemiga de tu madre, á quien te robó en la cuna; el hombre que desea ser tu esposo, y siente por tí un amor impuro, es un traidor enemigo de su patria, á par que su hermano, en mal hora nacidos ambos en los dominios del Islam: es necesario que esa mujer y esos dos hombres perezcan.

—¿Y qué he de hacer? contesté temblando.

—Cuando mañana, me contestó el viejo, llegue á tí Sidy Yahye y te pida amor, concédeselo con una condicion.

En el tesoro de los reyes de Granada, se guardaban dos talismanes poderosos, cuya virtud ignoran los sabios de la tierra. El uno es un collar de brillantes con una esmeralda pendiente de él, en que está grabado el sello de Salomon, que defiende de la violencia y de la impureza á la mujer que lo posea, y el otro un broche de diamantes que cumple los deseos licitos del que le pone sobre su corazon.

El primero fue depositado por Eblis en la Torre de los Gigantes de Toledo, y guardado bajo siete sellos á la aparicion de las razas del Norte sobre las regiones del Mediodia, y le sacó de él la Kaaba durante el reinado del rey godo don Rodrigo; el segundo fue donado por una hurí al rey Al-hamar el Magnífico, y entrambos han pasado de rey en rey hasta Abou'l-Hassan, que los entregó á la cristiana renegada Isabel de Solís despues de sus desposorios. Si ella hubiera sido pura como tú, el reino de Granada hubiera estendido sus fronteras en las tierras del cristiano; porque Abou'l-Hassan hubiera sido invencible.

Este collar y ese joyel están aun entre las joyas de la reina Zoraya, y te serán entregados por Sidy Yahye en el momento que se los pidas á trueque de tu amor.



Calló el viejo, y tornó á aparecer la niebla, condensóse, se esclareció á su vez y desperté.

Estaba en mi retrete: pero habia sido tan singular el sueño que lo tuve por aviso de Dios.

A la noche siguiente tornó Sidy Yahye; venia cubierto de galas y mas pálido, mas sombrío que la vez anterior.

Tomóme una mano que yo le abandoné, y alentado por mi concesion quiso abrazarme.

—No, infante, le dije, no seré tuya hasta que me traigas todas las joyas de tu madre y yo elija entre ellas las que mas me agraden.

Miróme el infante con estrañeza; pero yo insistí.

—¿Y serás mi esposa en el momento en que te haga ese don? dijo el infante.

—Te lo juro.

Entonces salió, y tornó dos horas despues trayendo un cofrecillo que abrió ante mí sobre el divan.

Sobre un mar de fuego, producido por los destellos que lanzaban las riquísimas joyas de que estaba henchido el cofrecillo, ví una cajita de tafilete rojo bordada en oro sobre el que estaban pintadas las armas de Alhamar el Magnífico. Toméle y le abrí.

Dentro encontré el collar y el joyel. Era imposible equivocarlos, ellos solos brillaban mas que todos los diamantes y perlas juntas que guardaba el cofre.

Entonces, como por juego puse el collar sobre mi seno y prendí el joyel á mis cabellos.

El infante dió un grito de admiracion y quiso abrazarme; pero sin que yo me opusiese, una fuerza superior le repelió de mí.

—¡Oh! ¡es un talisman! dijo furioso queriéndome arrancar las joyas, pero fue inútil; desde aquel día he vivido defendida de ellos, hasta anoche que imprevisamente me ví libre por el emir.

Hé aquí, señora, todo lo que sé de mi historia; el collar es este que ves...

—¿Y el joyel? la preguntó Aixa.

—El joyel contestó la jóven ruborizándose, pertenece al capitan castellano que me ha traído hasta aquí.

Aixa levantó los ojos al cielo, dos lágrimas se deslizaron de sus ojos, y un recuerdo lejano y querido pasó por su mente.

—¡Cúmplase lo que está escrito! exclamó.

Y abrazando á la jóven la besó en la boca.

En aquel momento en que entrambas mujeres se adivinaban, en que

estrechamente abrazadas mezclaban su aliento y sus lágrimas, un ruido potente y confuso penetró por los agimeces en el retrete; luego se percibieron gritos furiosos, choques de armas y estampidos de arcabuces.

A pesar de ser los motines y los combates cosa demasiado comun en Granada, las dos mujeres se separaron despavoridas y corrieron á la galería, en uno de cuyos agimeces esperaba Gaston de Vargas.

Cuando Aixa y Schamsul-llemal llegaban á él, una bala arrebató de la cabeza de Gaston el bonete y fué á clavarse silbando entre las labores del muro.

Schamsul-llemal dió un grito, y cayó desmayada en los brazos del capitán, mientras Aixa, fiera y altiva, llamaba á grandes voces á los esclavos.

XII.

Aquel tumulto era producido por el populacho, la gente menuda y los descontentos, y preparado de antemano, que así es como suele moverse el pueblo, máquina poderosa, pero que necesita un impulso, acabado el cual vuelve á su inercia.

La terrible guerra encendida entre Abou'l-Hassan, su hermano Abdallah-al-Ssagar y su hijo Abou-Abdallah-al-Ssagirh; aquel juego de ajedrez en que se tiraban tan terribles jaque mates, del que eran tablero, torres, caballos y peones, Granada con sus castillos almenados y sus hombres de guerra; aquella continua alternativa de mando en que era tan frecuente ver á un mismo tiempo á un rey en la alcazaba del Albaicin á otro en el castillo de la Alhambra, y al tercero gineteando alrededor de los muros, atizando en el interior la discordia para arrojarse como el halcón sobre su presa; en el primer trono de aquellos dos que fuese abandonado por su poseedor, para entrar en cabalgada sobre el real cristiano ó para apaciguar un motin provocado por sus rivales; las ambiciones de las sultanas Aixa y Zoraya, legítimas en la primera, insensatas y criminales en la segunda; la debilidad del Xequé, del Zagal, y del Zogoi-bi, que así llamaba el pueblo á Abou'l-Hassan, á su hermano Abdallah y á su hijo Abou-Abdallah; el interés, las ambiciones y las enemistades crecidas y arraigadas en las tribus por efecto de esta lucha encarnizada, habian hecho imposible en Granada la unidad de pensamiento y la concentración de fuerzas, tan precisas para rechazar á un enemigo poderoso, que al frente de un pueblo guerrero y conquistador se lanzaba sobre otro pueblo compuesto en gran parte de los restos de reinos conquistados.

En tanto Abou'l-Hassan habia muerto (quién dice que por yerbas

que le dió su hermano el Zagal) en el castillo de Almunecab (1) el año ochocientos noventa de la egira (2); y despues de haber perdido las ciudades de Biza, Guadix y Almería y muchas fortalezas de la costa, Abdallah-al-Sagar, vasallo tributario ya de los reyes Católicos, pasó con su licencia á Africa, donde llevó sus tesoros y sus malogradas ambiciones en otoño de ochocientos noventa y cinco de la egira (3).

Sin competidores ya el Zogoibi; único señor de su reino, creyó, y no sin alguna razon, que reuniendo todo su poder, se defenderia de los cristianos y envió sus alimes y faquies (4) á publicar el *aliget* (5) contra los infieles por las villas y lugares del reino sobre cuyos castillos y atalayas ondeaba aun la bandera del Islam.

Y no fue inútil diligencia (dicen los cronistas de aquel tiempo), que luego se rebelaron contra los cristianos muchos pueblos: toda la serranía se juntó y tomó su voz (la del rey) y entre otros pueblos Adra, que está en la costa del mar, y Castel-Ferruh (6) y otros varios.

Con estas fuerzas sitió algunos lugares tomados por el enemigo, cercó la villa de Alhendin, y la entró, arrasando la fortaleza y pasando á cuchillo el presidio de cristianos que habian dejado en guarda los enemigos.

Los reyes Católicos, por vengarse de esta falta de fe al vergonzoso tratado otorgado á ellos por el rey Abou-Abdallah sometiéndoseles como vasallo tributario, entraron en cabalgada en la vega y talaron los panizos y mijo, única cosecha que se esperaba aquel año, pues en la primavera y verano habian quemado los sembrados y las mieses. Ni quedó res chica ni grande, ni mantenimiento que no fuere robado, ni aldea en la que no se cebase el incendio; y la escasez empezó á hacerse sentir en Granada.

En vano Muza lanzó contra los enemigos sus ginetes; en vano su lanza se tiñó en su sangre hasta el ristre; los cristianos entraron con treinta mil peones y doce mil caballos en la vega, como queda dicho, y asentaron sus reales en las fuentes de Guetar á dos leguas de la ciudad.

Tantos reveses exasperaron mas y mas los ánimos; y el pueblo estaba cada dia mas irritado contra el rey á quien miraban por su debilidad como odioso causador de los males del reino, y no temian llamarle públi-

(1) Almuñecar.

(2) 1485 de J. C.

(3) 1490 de J. C.

(4) Sabios y doctores.

(5) Guerra santa.

(6) Hoy Castel de Ferro.

camento traidor, cobarde, y enemigo de su patria y de su religion. Mas de una vez llegaron los motines armados á las puertas de su alcazaba clamando venganza, y en vano los xeques y los faques de la ciudad amonestaban al irritado pueblo.

Los bandos crecian con el desaliento, á medida que el hambre se mostraba mas cruel; y no faltaba, por cierto, quien en provecho suyo atizase estas discordias, y sostuviese secretas y continuas comunicaciones con el enemigo.

La sultana Zoraya, madre de los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar, con ellos y con el infante Sidy Yahye Alnayar (1), su primo, hijo del infante Selim, señor de Almeria, muerto algunos años antes por su ventura, puesto que no vió la ruina de su patria, se habia amparado despues de la conquista de aquella ciudad al ejército de los reyes Católicos, al que asistian además algunas taifas (2) de ginetes abencerrajes.

Tal vez la ambiciosa Zoraya, mujer de carácter soberbio, renegada de su religion por un trono, soñó en sus delirios que una vez vencido el Zogobi los cristianos pondrian en la Alhambra á su hijo Sidy Yahye, contentándose con tener en él un rey tributario; halagada por esta loca esperanza derramó los tesoros que debia al insensato amor del viejo Abou'l-Hassar, mantuvo dentro de los muros de Granada á su hijo Sidy Alhamar, ya bajo los harapos del juglar, ya con las tocas de médico, ó con la hopalanda de astrólogo, y tuvo en rehenes, encerrada en un círculo misterioso, á Schamsul-llemal, de quien pensaba servirse para su venganza contra la reina Aixa, arrojando en su regazo de madre, cristiana, deshonrada y muerta, á aquella niña prenda de un amor eriminal envuelto en las nieblas del misterio.

Con tales y tan terribles medios, Zoraya disponia á su placer de la tranquilidad de Granada; tenia espías en todas partes, y aun dentro del alcázar de Muza, foco de la lealtad y de la valentía granadina, y le eran conocidos secretos tan profundos como el lugar donde guardaba Aixa misteriosamente las prendas de su criminal é infortunado amor.

Pero la entrada maravillosa de Muza en el secreto retiro de Sidy Alhamar, el robo de Schamsul-llemal, y el descubrimiento de papeles importantes que causaron la prision de muchos caballeros de Granada, fue un terrible golpe para Zoraya, que se decidió á jugar el todo por el

(1) Estos tres infantes se bautizaron en Santafé, y tomaron por nombre los primeros don Juan y don Fernando, y el tercero don Pedro, con el apellido y la denominacion de infantes de Granada.

(2) Banderas, escuadrones, en árabe.

todo, poniendo en acción de una vez y con audacia y una imprevisión infinitas todos los medios de venganza y de ambición.

Sidy Alhamar era valiente y activo; á su pensamiento seguía la ejecución, como sigue al relámpago el trueno; ser sorprendido por Muza, escapar, dar instrucciones á sus parciales, montar á caballo, llegar con la velocidad del rayo á Illora, donde estaba su madre con doña María Manrique, esposa de Gonzalo Fernandez de Córdoba, y volver disfrazado con ella á Granada, fue todo obra de un momento.

Al ponerse en movimiento la ciudad la noche anterior al grito de alarma de Muza, un observador hubiera notado algo extraño en algunos hombres que cruzaban presurosos entre las turbas que salían soñolientas de sus casas mal armados y á medio vestir, quién con un arcabuz, quién con una espada. Aquellos hombres atravesaban como sombras las altas y estrechas callejas, llamaban á casas determinadas, cruzaban algunas palabras misteriosas con sus dueños, y se alejaban y se volvían á perder en las callejas para volver á llamar á otras cien y cien puertas.

Al amanecer, desvanecido el temor de la alarma, solo quedaban algunos grupos en las plazas y en los sitios más públicos, y un rumor vago, indeciso, circulaba entre ellos acompañado de amenazas y de insultos al rey.

Murmurábase que un cristiano, amparado por Muza, había venido de los reales enemigos para tratar con el rey la entrega de la ciudad, y que el toque de alarma no había sido más que un pretexto para abrir las puertas entre el tumulto á los cristianos, y que la indecisión de los traidores era solo lo que había hecho abortar el plan. Decíanse el nombre y las señas del castellano, y en la plaza de la grande aljama se señalaba con escándalo por algunos fanáticos el agimez roto de la torre misteriosa, por donde se decía que había robado Muza una dama musulmana.

Y como entre la plebe lo que primero es rumor luego en estruendo hasta convertirse en tempestad, se iba, se venía, se murmuraba, y en más de un lugar los grupos habían llegado á ser turbas armadas.

Cuando el rey, acompañado de Muza y seguido de su pendón real, apareció en la puerta de Bib-Lenjar (1) y bajó por la calle de los Gome-res, los almogavares se vieron obligados á deshacer á cintarazos los grupos de gente perdida y hambrienta que como atalayas avanzadas del motín ocupaban la calle. Las turbas corrieron á la plaza Nueva dando alaridos, maldiciendo y apellidando venganza, y al entrar en la plaza ya no eran grupos sino un gentío inmenso y rugidor que se agitaba furioso, pero contenido aun por el miedo; y sin que un grito determinado dominase

(1) Hoy de las Granadas.

el tumulto, confuso, incomprensible como el ruido del mar en la tempestad.

Muza, colérico, ceñudo, previendo la causa de aquel desacato, feroz en el momento del peligro, rodeó al rey de ginetes, afianzó la lanza sedienta de herir, aguijó el caballo y delante de todos á la carrera, seguido de sus ginetes, pasó como un vendabal sobre aquella turba atropellando cuanto se oponia á su paso.

Entonces el motin estalló, oyéronse distintamente voces de muerte al rey y al emir, y algunas balas pasaron silbando entre los almogawares.

El rey, á pesar de su indecision, se irritó ante aquel insulto, arrancó su pendon de manos de su alférez, y levantándose sobre los estribos lanzó su grito de guerra.

—¡Le galib ile Allah! (1) exclamó con voz pujante; ¡Allah-Acbakr! (2).

Y cambiando el pendon á la mano siniestra, y tomando de su escudero la pica de dos hierros, la arrojó entre las turbas, que se apoderaron frenéticas de aquella prenda real arrancada del pecho de un moribundo, y pusieron en ella su ensangrentado alquicel por bandera.

La plebe tenia un pendon de sangre, y ya no se oyeron mas ahullidos, disparos de arcabuz, gritos de mujeres, imprecaciones y blasfemias.

Al arrojar el rey su pica, los almogawares, agrupados en su alrededor, se arremolinaron gineteando como en un torneo, se abrieron en círculo á la carrera, detuvieron un momento sus caballos, armaron sus ballestas y lanzaron sobre la multitud, que se atropellaba procurando huir, una nube de azagallas.

Corrió la sangre, y la plebe, á pesar de los esfuerzos de algunos ginetes mezclados entre ella y que al parecer eran los caudillos del motin, corrió á ampararse de las embocaduras de las calles, y en direccion á la de los Gomerés veíase huyendo entre las turbas el alquicel prendido en la pica del rey.

Muza entregó la pica á su escudero, y se lanzó á la carrera espada en alto tras aquella sangrienta enseña; las piedras, los palos, las armas arrojadizas, lloviañ sobre su arnés, rebotando en él como el granizo de la tempestad sobre las pizarras de una cúpula.

Un momento despues, Muza habia arrancado de las manos del pueblo la pica real, y el terrible alquicel lanzado por la punta de su espada, fué á caer entre las masas.

El emir devolvía al pueblo su estandarte, que fue tremolado de nuevo y con mas furor en la pala de un hornero.

(1) ¡Solo Dios es vencedor!

(2) ¡Dios es grande!

En un momento, la gente del barrio de la Antequeruela y de Torres-Bermejas, llenaron la calle de Gomerés.

—Señor, dijo Muza entregando la pica al rey, que se estremeció al mancharse las manos en sangre; esos perros han tomado bien la subida del alcázar, y nada harán contra ellos los ginetes; á la alcazaba del Albaicin, señor.

Agrupáronse de nuevo los almogavares alrededor del pendon real, y Muza, dejando para despues el castigo de la plebe, temeroso de la seguridad del rey, que vestido de gala no llevaba otras armas que su pica y su espada, se lanzó á la carrera por la calle de Elveira, (1) cuya embocadura abandonaron huyendo los curiosos y los amotinados que la ocupaban.

Entonces entre las turbas de la calle de Gomerés se levantó sobre los hombros de cuatro villanos un jóven, sin otras armas que una espada, y dijo con voz potente:

—¡ A la Alhambra !

Era el infante Sidy Alhamar, que despues de haber tomado posesion en nombre del rey del aposento mas alto de la torre de Bib-Ataubin, y despojado de su traje de astrólogo, mandaba en las calles al pueblo contra el rey.

Las masas se precipitaron la calle arriba sobre la puerta de Bib-Leujar, pero la encontraron cerrada y defendida por ballesteros, que habia sacado de su castillo á los primeros gritos del motin, el alcaide de las Torres-Bermejas.

Entonces, conociendo el pueblo que nada conseguiria contra aquella barrera inespugnable, gritó volviendo las espaldas á la puerta, y dejando ante ella como muestra de su paso algunos muertos por las ballestas de los soldados.

—Al Albaicin, á la alcazaba, al alcázar de Dar-la-Horra.

Sidy Alhamar desalentado, viendo frustado el primer empuje, único momento en que puede tal vez triunfar el pueblo, arrojó la espada, tomó solo y blasfemando las altas callejas que conducen á la Antequeruela y se perdió entre ellas.

En tanto los amotinados, cada vez mas furiosos, se precipitaron sobre la plaza Nueva, inundaron la calle de Elveira, robando las casas que encontraban al paso mal seguras ó mal defendidas, y se lanzaron tras el rey, guiados por el rastro de muertos y heridos que dejaban tras sí Muza y sus almogavares.

Habian éstos llevado adelante la calle de Elveira, y por la cuesta de Alacaba, la puerta Monaita y los muros de la alcazaba, habian llegado

(1) Ahora por corrupcion Elvira.

ante el alcázar de Dar-la-Horra, arrojando de sus alrededores las turbas de frenéticos, que al mismo tiempo que los de la plaza Nueva, habian cercado el alcázar y la alcazaba, y habian arrancado de un arcabuzazo el bonete de Muza de sobre la frente de Gaston de Vargas.

Pero la sultana se habia defendido como pudiera haberlo hecho el mas bizarro alcaide; activa, serena, impávida, habia mandado cerrar las puertas, habia estendido sus esclavos y su escasa guarda de almoravides en los agimeces, y el capitan Gaston, nombrado por ella su wali, recorria armado de una partesana que acaso le dió un soldado, los adarves, los jardines, las minas atendiendo á todo, previéndolo todo, como cumplía á un hombre de guerra y claro linaje.

El populacho en tanto gritaba:

—¡ Muera la sultana Aixa!

—¡ Que nos entreguen el cristiano!

—¡ Que pongan en libertad á la dama!

Y entre todo esto, arcabuzazos, gritos, ayes, crugir de armas y gritos frenéticos de:

—¡ Abajo el rey Abdallah.

—¡ Abajo el Zogoibi!

—¡ Abajo el renegado traidor!

Y de momento en momento se engrosaban las turbas con nuevos conjurados, y los gritos crecian, y los disparos se redoblaban, y solo Dios sabe lo que hubiera acontecido á no ser por la llegada del rey, del emir y de los quinientos almogawares, á cuya vista los amotinados tiraron las armas y se dispersaron.

Restablecióse en tanto el silencio en torno del alcázar, abriéronse sus puertas, y el rey ceñudo, incómodo, contrariado, con la túnica y las manos manchadas con la sangre que habia tomado de la pica, se tiró del caballo y entró en el alcázar apresuradamente seguido de Muza: salvó, saltando la escalera, penetró en el retrete de la sultana, y jadeando, cubierto de polvo y de sudor, se arrojó blasfemando en el divan donde acababa de volver en sí Schamsul-llemal, que tornó á desmayarse al ver ante sí al rey descompuesto, pálido y cubierto de sangre.

Muza se detuvo sombrío ante la puerta, no tanto por respeto cuanto por haber visto de pie junto al divan mirando á Schamsul-llemal al capitan Vargas.

Este reconoció á Muza, y con una serenidad admirable, se adelantó hasta él, en tanto que la sultana corria desalada á su hijo á quien amaba con frenesí.

—¿Vienes herido, señor? preguntóle con ansiedad, y la palidez de la muerte pintada en el semblante.

Abou-Abdallah lanzó una insensata carcajada.

—¡Herido! exclamó con fiereza. ¿Tiene esa turba ruin, armas bastantes para herir á su rey, ó pueden llegar hasta mí otra cosa que su sangre y sus gritos furiosos? ¡Agua perfumes, ropas! exclamó el rey sin mirar á su madre que le contemplaba con amor, ¿qué hace esa esclava, añadió reparando en Schamsul-llemal apenas repuesta del terror que la había causado el rey, que asienta á par mío y permanece inmóvil cuando escucha mi voluntad?

Schamsul-llemal se levantó sonrajada y fijó su vista en la alfombra, á tiempo que una hermosa esclava presentaba al rey una fuente de oro llena de agua de rosa, y otra le traía frascos de aceites aromáticos y perfumes.

El rey se dejó lavar las manos y el semblante que se había manchado de sangre al limpiarse el sudor, y miró sombriamente alrededor de sí donde solo había personas silenciosas.

—¡Oh! dijo reparando con mas detencion en la jóven, tú eres la dama del mirador, la del romance, la de las carcajadas. ¡Oh! ¡bien!..., ¡muy bien!

Muza, contrariado por sus zelos, irritado por el carácter insustancial del rey que dirigia palabras triviales á una mujer, mientras hermosas esclavas lavaban en su semblante y en sus manos la sangre del combate, exclamó:

—Atiende, señor, que no es ocasion ahora de otra cosa que de sofocar la rebelion que estalla á los pies de tu trono, y que tu emir espera tus mandatos.

—¡La rebelion! dijo con desprecio el rey; el pueblo no es otra cosa que polvo, que necesita un viento fuerte que le levante de su impotencia, y que como el viento pasa sin dejar otras huellas que los surcos sobre que se ha arrastrado. La rebelion puede cegar al que la afronta, pero nada puede hacer contra el que le vuelve la espalda y la deja pasar sin cuidarse de ella.

—Pero la rebelion, señor, continuó Muza que tenia de tenaz, lo que el rey tenia de indolente, la rebelion arrojó á vuestro padre del trono y os puso en él.

—Mi padre presentó la faz á la rebelion y cegó; hé ahí todo; escucha, nada se oye; el viento ha pasado y cuando mas, solo quedarán algunos centenares de cadáveres como testigos de su remolino.

En efecto, nada se escuchaba; el valiente Reduan Venegas y otros alcaides de los castillos del muro habían sofocado la rebelion, matando á

los pertinaces, ahuyentando á los débiles y prendiendo á los tardos. Y como para apoyar el dicho del rey, llegaron uno tras otro cuatro arrayazes (1) trayendo la nueva de la pacificacion de la ciudad.

La reina Aixa contemplaba con dolor la inaccion de su hijo, y temblaba al ver su tenaz mirada fija alternativamente en Schamsul-llemal y en Gaston de Vargas, en la primera con admiracion, en el segundo con odio.

—¿Y bien, Muza, dijo al fin el rey dando libre rienda á sus pensamientos, qué quiere entre nosotros este perro infiel?

Muza contuvo con una mirada á Gaston y contestó:

—Es mi huésped, señor, un amigo á quien debo la vida, y á quien he convidado á morar algun tiempo en mi alcázar.

—Y bien, ese amigo, dijo el rey en mal castellano como pretendiendo ser entendido por Gaston, si mal no recuerdo ha dado en gran parte causa al motin; el pueblo ha sospechado por él de nosotros y está en peligro en Granada; que se vaya, y que diga á sus señores que el rey de Granada les espera sin miedo entre sus mujeres.

—Los reyes de Castilla, mis señores, contestó Gaston, han probado mas de una vez que saben hacer huir como mujeres á tus guerreros.

Muza tembló, y Aixa y Schamsul-llemal palideció ante la imprudencia de Gaston.

Pero todo era incomprendible en el rey: lo que en otra ocasion hubiera provocado su furor, entonces provocó su risa.

—¡Por Allah, que eres valiente, rapaz, contestó, y bien mereces que llesves una prenda mia! Segun recuerdo, Muza en otra ocasion me dijo no sé qué trueque de armas contigo. ¡Oh! sí, mi pica real que yo le doné á mi subida al trono; pues bien: toma mi alquicel y mi bonete, y cuida de mostrar en tu real que han sido manchados de sangre sobre la persona del rey.

Y arrojó al mancebo su rico capellar de brocado y su bonete de púrpura.

—Véte, dijo el rey; aborrezco á los cristianos desde el lance de Lucena, y puede acontecer que si estás una hora mas en Granada ponga tu cabeza en una escarpia.

Dicho esto, levantóse, asió de un brazo á Muza, le arrastró consigo á los retretes interiores, y dejó solos á la sultana Aixa, á Schamsul-llemal y á Gaston aturdido con lo que acababa de presenciarse.

—Véte, cristiano, véte, le dijo la sultana, y no juegues con el leon que puede despedazarte.

Gaston dió un paso hácia la puerta.

(1) Capitanes.

—No, por ahí no, dijo la sultana, aun está reciente el motin y pudiera acontecerte una mala ventura. Sígueme.

La sultana penetró por una puerta opuesta á aquella por donde habían desaparecido el rey y Muza, y Schamsul-Ilemal se arrojó instantáneamente en los brazos de Gaston.

—Si, huye, capitan, huye, le dijo, porque yo te amo.

Gaston quiso arrojarse á sus pies, pero ella le rechazó indicándole con un ademan enérgico el sitio por donde habia salido la sultana.

Gaston salió, y fue conducido á la mina por donde habia venido al alcázar de Dar-la-Horra, al de Muza.

Allí tomó la pica real, sus armas, su manto y su caballo, y llevando consigo el almaizar y el bonete del rey salió de la Alhambra, escoltado con diez ginetes, por la puerta de Hierro, y al través del monte de Dinadamar, descendiendo al rio Cubila (1), y dejando su escolta en la punta de la Sierra Elvira, llegó atravesando la falda de ésta al real de Santafé no como habia salido confiado y alegre en busca de aventuras, sino triste, meditabundo, llena el alma de celos de amor por Schamsul-Ilemal.

En tanto Granada habia quedado silenciosa; como aterradas del motin de la montaña, las gentes estaban encerradas en sus casas, y no se veían mas seres humanos que los soldados que escoltaban las taifas de villanos ocupados en recoger cadáveres y en arrojar agua sobre las huellas de sangre.

Aquella tarde una litera magnífica conducida por dos esclavos etíopes y escoltada por Muza y algunos caballeros de su mesnada, salió de la ciudad por la puerta Bib-Ataubin, y se adelantó en la vega.

Entonces apareció en los agimeces de la torre, sobre cuyas almenas estaban clavadas con escarpías seis cabezas de nobles ensangrentadas y casi calientes aun: otra cabeza, viva, sombría, ceñuda que clavó la feroz mirada en aquella comitiva que se alejaba.

Era el infante Sidy Alhamar.

Poco despues un hombre cubierto con un albornoz negro y con una toca amarilla salió por la puerta, y siguió lentamente la comitiva y á larga distancia para no ser observado.

La litera llegó al fin, despues de oscurecido, á la villa de la Azubia, y una dama cubierta con un velo y apoyada en el brazo de Muza salió de ella y entró en una casa situada fuera de la villa por la parte que mira á Granada entre un bosque de laurel.

El hombre del albornoz negro y la toca amarilla barbotó un horrible juramento, y se perdió entre los olivares.

(1) Cubillas.

XIII.

Gaston de Vargas entró en el real, mustio, cabizbajo, casi avergonzado.

Sus amigos le recibieron con alborozo, y en especial su primo Garcí Perez de Vargas y don Iñigo Lopez de Mendoza.

—Y bien, mi valiente capitán, le dijo el conde tendiéndole la mano, supongo que tras de tí, encerrado en una litera y escoltado por soldados de las atalayas vendrá ese divino sol de Granada.

Gaston suspiró profundamente, y contestó.

—Mal que me pese, señor, ese sol queda alumbrando los ojos de otro y yo solo traigo el corazón quemado con sus rayos.

Era tan triste el acento de Gaston, tan sentidas sus palabras, que Garcí Perez y el conde se miraron temerosos de que hubiesen dado hechizos al jóven en Granada.

—Por mi parte, dijo el conde dando de mano á la conversacion de amores, soy deudor por tu ida á Granada de un magnífico bridon árabe, una jacerina, un broquel y un alfanje que un alférez y cuatro escuderos de Muza me presentaron con el mensaje de que el emir, te tenia por huésped algunos dias. Y en verdad que esto nos puso en cuidado. ¿Cierto, capitán Garcí Perez?

—Confíabamos sin embargo, repuso el preguntado, en la hidalguía del emir. ¡Lástima que tan buen caballero sea nuestros enemigo!

—¿Y qué me cuentas de su alcázar? preguntó el conde á Gaston con la espresion de la envidia, natural en quien habla con uno que ha visto lo que él desea ver.

—¡Ah! señor, contestó Gaston, la Alhambra es la maravilla de las maravillas. El alcázar de Muza parece un palacio encantado con paredes de brocado de menuda labor, sostenidas por arcos de encaje y columnas de alabastro. Es un tesoro encerrado en muros guarnecidos de almenas. Pero, añadió Gaston volviendo á su pensamiento dominante, con el presente te habrán entregado, señor, un pergamino de Muza.

—Sí por Dios, contestó el conde, demandando licencia de sus altezas para que permanecieses algunos dias á su lado. Y aunque el rey recibió al principio con disgusto esta demanda...

—Señor... observó en acento de disculpa Gaston.

—No en cuanto al emir, continuó el conde, á quien respeta como un rey guerrero debe á un caudillo tan valiente y tan leal como Muza; pero no quiere que sus caballeros tengan amistades, que son siempre peligrosas, con enemigos infieles.

—Mas yo... balbuceó Gaston adivinando un reproche en el acento severo del conde.

—Si, sé, dijo éste, que la casualidad os ha unido, y creo que otra casualidad os volverá quizás á separar. En fin, medió la princesa doña Isabel de Portugal, y la licencia, aunque concedida con disgustos por sus altezas, está aquí.

Y el conde golpeó su escarcela.

—¡Oh! dámela señor, dijo con interés Gaston, porque me precisa usar de ella.

—Tenaz eres, capitán, y sin embargo, si yo no he oído y visto mal esta noche, debes haberte encontrado en uno de esos furiosos choques en que tan á propósito para nosotros se destrozan los moros, porque he visto fuego en sus atalayas, y he escuchado el crugir de sus bombardas.

—Es verdad, señor, contestó Gaston, y contó al conde y á su primo cuanto le habia acontecido desde su salida del real, quitando sin embargo á su relacion lo que tenia de mágico Schamsul-Ilemal, y el don de este joyel, y el del capellar y el bonete del rey Abou-Abdallah.

—Los enamorados son locos furiosos, dijo el conde dando un pergamino enrollado á Gaston, y dirigiendo la palabra á Garci Perez: si no le damos la licencia de seguro él se la tomará.

Y se despidió de los dos hidalgos.

—Espera, señor, le dijo deteniéndole Gaston, aun tengo que pedirte otra merced.

El conde se detuvo esperando la peticion.

—Préstame por solo tres dias, dijo Gaston, ese caballo y esas armas de que te ha hecho presente el emir.

El conde hizo un gesto de inteligencia, y se sonrió.

—Concedido, le dijo; de todos modos yo no pensaba usar de ese presente sino como él use del mio.

—¿Y qué le habeis donado, señor?

—Mi mejor caballo y mi mejor espada, contestó el conde, con el mensaje de que apreciaria medirla con su alfanje. Adios, capitanes; descansa, Gaston, y no te espongas en locas aventuras.

El conde salió, y Gaston, libre ya del respeto que debia á su alcurnia, despidió desabridamente á su primo, cerró su tienda, y se echó armado aun en su lecho de soldado.

Envolvióle un sueño penoso; le parecia que el emir era amado de Schamsul-Ilemal, que las palabras de amor de la jóven solo habian sido hijas de un sentimiento de gratitud, el odio, los celos, un amor insensato en fin, hicieron su dormir inquieto, agitado, apenador. Su cabeza ardia,

un dolor agudo y penoso atravesaba sus sienes, y cuando despertó, un sudor helado cubria su frente.

Era ya tarde, el sol se había puesto; los escuadrones volvian de forrajear, y se escuchaba por todas partes el son de los clarines que tocaban á recoger.

Pronto la noche estendió su manto de sombra sobre el hemisferio, y la luz del crepúsculo se confundió con la de la luna.

Gaston salió á la puerta de su tienda, y vió á su escudero Garcés ocupado en limpiar un magnífico caballo árabe de piel negra y lustrosa, de formas descarnadas y ojos centellantes.

—Mientras dormias, señor, le dijo Garcés, dos escuderos de don Iñigo Lopez de Mendoza han traído para tí este caballo, cuyos arneses con otras armas están junto á tu lecho.

Gaston hizo encender una lámpara á su escudero, y á su luz examinó el régio presente de Muza.

Los jaeces del caballo se componian de un luciente caparazon de hierro labrado y dorado con caprichosos arabescos, una gualdrapa de púrpura, y freno y bridas de taflete.

La jacerina, el broquel y el alfanje eran admirables, y su temple duro como el diamante.

—¡Pronto, Garcés, exclamó el jóven, desármame, enjaeza el caballo, y ténle pronto!

El escudero obedeció.

Gaston se ciñó el jaco en vez de su coselete, cubrió sus cabellos con el bonete del rey, y sus hombros con el almaizar, suspendió de su costado el alfanje, embrazó la adarga, y empuñando la pica de Muza cabalgó.

El generoso animal dió un relinchon de alegría como envanecido de su gínete, y piafó impaciente hiriendo el suelo con los ferrados cascos.

Entonces Gaston sacó de su escarcela el joyel mágico de Schamsullemal, le puso sobre su pecho, y con la frente ardiendo y el corazon palpitante de amor, murmuró.

—Hermosa joya, llévame ante la querida de mi alma.

Apenas pronunciadas estas palabras, el corcel partió á la carrera, atravesó las tiendas y salvó las puertas del real, sin que fuesen bastantes á detenerle los gritos de los soldados ni las picas de los guardas; algunos ginetes se lanzaron tras él; pero fue inútil; instantáneamente les dejó, avanzando en la vega con la velocidad del torbellino.

Gaston, firme en la silla, cu bierta la cabeza con el capuz del almaizar, embrazada la adarga y baja la pica, deslizándose al rayo de la luna

sobre aquellos campos, talados, desiertos y silenciosos; fijando la vista ansiosa en los muros y en las altas torres de Granada gallardo y relumbrante con el brocado real, parecía el genio del Islam que se lanzaba á proteger á Granada.

Pero con asombro suyo el corcel no se dirigió á las murallas, sino que torció hacia la sierra, atravesó de un salto el Genil, y se perdió entre los olivares, dirigiéndose á una colina, sobre la cual entre cipreses y nopales se alzaba el alminar de una mezquita, en torno de la cual se veían algunas blancas casas.

Poco trecho antes de llegar á la colina, en el claro de un olivar, Gaston, que había puesto su caballo al trote, vió venir hácia él un hombre cubierto con una hopalanda negra ceñida la cabeza con una toca amarilla.

Aquel hombre se detuvo, dejó pasar al ginete, y cuando se hubo perdido entre los árboles, murmuró con odio, engañado por el almaizar y las armas que llevaba Gaston:

—¡ El rey!

Su mirada furiosa se perdió chispeando en el oscuro fondo del olivar, y luego, lentamente, paso á paso, con la cabeza inclinada, y los brazos tenazmente cruzados sobre el pecho, tomó el camino de la ciudad.

En tanto Gaston llegó á la colina; penetró en una espesura de laureles y descabalgó.

Un tiro de pica mas allá, alumbrada enteramente por la luna, vió una casa blanca y de techos poco elevados, rodeada por los muros de un jardín.

Aquella casa estaba muda, silenciosa como un cementerio, pero al través de los tapices rojos y transparentes de sus agimeces se percibía el ténue resplandor de una luz.

Un poder superior arrastraba á Gaston á aquella casa, y se encaminó á ella dando vuelta á sus muros.

En la parte oriental perdida entonces en la sombra, halló un caballo atado á un árbol.

Acercóse á él y le reconoció.

Era el valiente Samyel, era el corcel de batalla de Muza.

Un poco mas allá del bruto había un estrecho postigo que se abrió por sí solo y tornó á cerrarse despues de haber dado paso á Gaston que se encontró en un jardín.

Si el jóven no hubiera llevado lleno su pensamiento de la imágen de Schamsul-Ilemal, indudablemente se hubiera detenido á aspirar el aire balsámico que volaba sobre las flores y entre los arrayanes; hubiera deleitado su vista en las mansas cascadas de las fuentes y de los estanques;